

PARTIDOS POLÍTICOS Y SOCIEDAD EN CHILE. TRAYECTORIA HISTÓRICA Y MUTACIONES RECIENTES



JUAN PABLO LUNA

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

INTRODUCCIÓN

El sistema de partidos chileno ha sido objeto de álgidos debates académicos, buscando identificar continuidades y cambios respecto a su configuración previa a 1973. Históricamente, dicho sistema ha sido catalogado como el caso latinoamericano que presentaba los niveles de estructuración programática y de clivajes más altos de la región, aproximándose a las características de los sistemas de partidos europeos (Dix, 1989; Scully, 1992; Coppedge, 1998).

Dicho sistema continúa mostrando altos niveles de institucionalización y estabilidad (Mainwaring y Scully, 1995; Siavelis, 2000). Sin embargo, varios autores han señalado la presencia de cambios significativos, especialmente en términos de la estructura de competencia partidaria y la configuración de las bases sociales de los partidos (Roberts, 1998; Agüero, Tironi, Valenzuela y Sunkel, 1998; Fuentes, 1999; Tironi y Agüero, 1999; Huneus, 2000; Montes, Ortega y Mainwaring, 2000; Carey, 2002; Mainwaring y Torcal, 2003; Posner, 1999 y 2004; Altman, 2004; Navia, 2003).

De formas complementarias, estos autores asocian las discontinuidades observadas con los efectos de las nuevas instituciones electorales introducidas en la Constitución de 1980, y sus interacciones con la profunda transformación socioeconómica vivida por el país bajo el autoritarismo y luego del retorno de la democracia. Los procesos de adaptación estratégica a nivel de élites políticas también son considerados por algunos como factores clave (Fuentes, 1999; Mainwaring y Torcal, 2003).

No obstante, otros autores subrayan la preeminencia de la continuidad sobre el cambio, señalando que, a pesar de las profundas

transformaciones sufridas por el país y su sistema institucional, las características centrales del sistema se mantuvieron (Valenzuela, A. 1994 y 1995; Siavelis, 2000; Valenzuela y Scully, 1997; Angell, 2003).

En este trabajo argumentaré que el sistema de partidos chileno ha procesado cambios importantes en términos de una dimensión que sólo ha sido analizada de modo parcial o tangencial, aunque resulta central para pensar el problema de la representación política en el Chile actual: la estructuración de vínculos entre votantes y partidos.

El artículo está organizado de acuerdo a la siguiente secuencia. La próxima sección introduce al lector al debate teórico acerca de los tipos de vínculos que partidos y ciudadanos suelen forjar en el contexto de regímenes democráticos competitivos. Contando con dicho herramental conceptual y en base a una revisión de fuentes secundarias, la siguiente sección describe brevemente las características atribuidas a la vinculación entre ciudadanos y partidos en Chile antes de 1973. Cabe consignar, no obstante, que en el marco de esta breve reseña resulta imposible dar cuenta exhaustiva de las características históricas y de la totalidad de controversias que el sistema de partidos chileno ha motivado.¹ A continuación, se recurre a tres comparaciones que parecen pertinentes (el sistema de partidos chileno vs. otros sistemas de partidos en la región; el sistema actual vs. su «pasado»; y el sistema actual según estratos sociales, para caracterizar los vínculos entre partidos y sociedad que parecen haberse consolidado en el periodo posterior a 1990. Como corolario de estas tres comparaciones, y recurriendo nuevamente a la tipología que se presenta en la próxima sección, se presenta una caracterización estilizada de la transformación de los vínculos entre partidos y ciudadanos que parece observarse en Chile. Finalmente, a modo de cierre, se plantean algunos escenarios posibles respecto a la evolución futura del sistema de partidos chileno.

VÍNCULOS ENTRE PARTIDOS Y CIUDADANOS: UN MARCO DE ANÁLISIS

En el contexto de una democracia competitiva, partidos y ciudadanos pueden establecer vínculos de muy diverso tipo. En esta sección se introduce una tipología que, siguiendo la propuesta original de

1. Véase Valenzuela (1995) y Joignant (2007) por dos excelentes revisiones de la bibliografía relevante.

Tabla 1
Tipos de vínculo entre partido/candidato y ciudadanos

¿Compete en función de movilización de clivajes o conflictos programáticos?				
		Sí		No
Nivel de agregación de intereses sociales				
Partido ¿institucionalizado?	Individual	Colectivo	Individual	Colectivo
Sí	Vínculos programáticos y partidarios a nivel individual (I)	Vínculos programáticos y partidarios a nivel colectivo (II)	Vínculos partidarios no programáticos a nivel individual (III)	Vínculos partidarios no programáticos a nivel colectivo (IV)
No	Vínculos programáticos no partidarios a nivel individual (V)	Vínculos programáticos no partidarios a nivel colectivo (VI)	Vínculos no partidarios y no programáticos a nivel individual (VII)	Vínculos no partidarios y no programáticos a nivel colectivo (VIII)

Kitschelt (Kitschelt, 2000; Kitschelt y Wilkinson, 2007) distingue entre ocho tipos principales, construidos mediante la combinación de tres dimensiones: el nivel de institucionalización partidario, la estructuración de la competencia en base a movilización de clivajes o conflictos políticos salientes y el nivel en que se agregan intereses (individual o colectivo) en cada vínculo.² La tabla 1 sintetiza la tipología propuesta.

El tipo I supone la presencia de votantes que estructuran vínculos programáticos con un partido institucionalizado, aunque lo hacen a nivel individual, votando de forma prospectiva o retrospectiva por aquellos candidatos cuyo programa les resulta más cercano. El tipo II se configura ante la presencia de una pluralidad de instituciones intermedias que agregan intereses y articulan una relación más estable con el partido, en base a plataformas compartidas y vínculos relativamente institucionalizados en el tiempo, que resultan funcionales a la estructuración programática de la competencia entre partidos. En el tipo III el vínculo se estructura a nivel individual y con un partido institucionalizado, pero en base a transacciones racionales no programáticas (transacciones clientelares) o alternativamente en función de la identificación del votante con subculturas partidarias.

2. Para una caracterización más amplia y para una discusión acerca de los factores causales asociados a la preeminencia de uno u otro tipo, véase Luna, en prensa.

Mientras tanto, en el tipo IV, los vínculos clientelares se estructuran con un partido institucionalizado y a nivel colectivo, sea en un plano local (*pork-barreling, constituency service*) o a nivel de grupos de interés específicos. El tipo V corresponde a un vínculo en que los partidos constituyen vehículos electorales para liderazgos personalistas, los que no obstante estructuran un discurso programático para vincularse con un electorado atomizado. La movilización «neopopulista» y la aplicación de técnicas de *marketing* político masivo son elementos frecuentemente asociados a este tipo. Aunque atípico, el vínculo correspondiente al tipo VI se produce cuando un movimiento social, sin haber desarrollado una estructura partidaria paralela, compete electoralmente en base a la movilización de clivajes o conflictos programáticos. Finalmente, los tipos VII y VIII se estructuran también en base a liderazgos personalistas, pero en estos casos, en ausencia de conflictos políticamente movilizados. En el primero de estos tipos, las características personales del candidato constituyen la base de la adhesión electoral que se produce de forma atomizada. En el segundo, en tanto, el candidato posee una relación privilegiada con grupos de interés específicos y colectivamente estructurados.

A partir de esta tipología y en base a la evidencia empírica que se discute a continuación, se presenta más adelante una caracterización acerca de los tipos de vínculo predominantes en Chile, tanto en perspectiva histórica como contemporánea.

TRAYECTORIA HISTÓRICA DEL SISTEMA DE PARTIDOS CHILENO

Para evitar la falacia de idealizar el funcionamiento del sistema previo a 1973 con el que se comparará el sistema de partidos actual, resulta útil describir brevemente las principales características históricas atribuidas al sistema tradicional, interpretando dicha trayectoria desde la perspectiva analítica discutida arriba.³

En primer lugar, en términos ideológico-programáticos, el sistema de partidos chileno destaca como excepcional en la región por su estructuración temprana, y de larga duración, en base a dos fisuras (clivajes) predominantes: el conflicto clerical-secular y el conflicto

3. Alan Angell (2003) ha identificado explícitamente esta falacia, argumentando en contra de un sentido común basado, como siempre sucede, en una memoria selectiva y en narrativas que resultan algo simplistas (véase también Joignant, 2007).

socioeconómico representado por el eje izquierda-derecha (Dix, 1989, Scully, 1992; Valenzuela, 1995).

A lo largo de distintos periodos históricos uno u otro clivaje se constituyeron en dimensión competitiva principal, subordinando (aunque nunca eliminando) a la dimensión secundaria. Esto último permitió a los distintos partidos combinar posturas más o menos radicales en uno u otro clivaje, sin asumir simultáneamente posturas extremas en ambos (Valenzuela, 1995). Mientras tanto, los clivajes étnicos o regionales nunca lograron establecerse como ejes relevantes para la competencia programática entre partidos (Valenzuela, 1995).

En segundo lugar, desde la década de 1920, los partidos políticos se constituyeron también en poderosos pilares organizacionales afectando todos los niveles de la vida social y cultural. En este sentido, las organizaciones partidarias eran las responsables de encapsular grupos sociales y diseminar las subculturas partidarias y sus orientaciones programáticas a través del territorio chileno. Como señala Samuel Valenzuela:

[By the 1960s] elections and politics became a national «sport», as parties became so deeply ingrained in the nation's social fabric that Chileans would refer to a Radical or a Communist or a Christian Democratic «subculture». Parties helped to structure people's friendships and social life. Partisan affiliation continued to be reinforced by both class and religion, so that Christian Democratic elites were more likely to go to Catholic schools and universities and come from upper-middle class backgrounds, while Socialist elites went to public schools and state universities and came from lower-middle class background. Communist strength was heavily concentrated in mining communities and industrial areas, Christian Democrats appealed to middle-class and women voters, while the right retained support in rural Chile. The major parties framed political options not only in municipal and congressional elections but also in private and secondary associations (Valenzuela, 1999: 202).

En atención a estos rasgos fundacionales y prácticamente permanentes del sistema de partidos chileno, el caso ha sido catalogado como aquel que en América Latina más se aproximaba a la lógica de competencia observada en los sistemas políticos de Europa Occidental (Dix, 1989; Scully, 1992).

En tercer lugar, el sistema preautoritario estuvo marcado tam-

bién por la presencia nada despreciable de vínculos no programáticos entre partidos y ciudadanos. Así, la competencia y negociación parlamentaria constituyeron una arena fundamental en la cual se pujaba por la distribución de subsidios (a favor de distintos grupos de interés) y de beneficios localizados o *pork* (para las circunscripciones electorales). En síntesis, como argumenta Borzutzky:

Distinctive to the Chilean party-system was a combination of ideology and clientelism. Ideology gave each party a program and a blue-print to solve all the problems of society; these programs were reproduced in all the party organizations. Clientelism gave the parties their political support. The best example of the combination of ideological and clientelistic commitments was provided by the parties of the left which, at the rethorical level, paid due respect to Marxist ideology and the notions of class structure and revolution, while at the political level pursued the same clientelistic, co-optive practices of other parties. Clientelistic politics were reflected in the legislative process, which by the end of the period had become almost widely entirely devoted to the solution of particular problems, the concession of special benefits, or exemptions to social obligations (Borzutzky, 2002: 26).

La distribución de beneficios localizados resultó clave para la articulación de potentes redes de *brokerage* político, que conectaban jerárquicamente el ámbito local (representado particularmente por la figura de los Regidores) con el ámbito legislativo y ejecutivo (Valenzuela, 1977). Dichas redes, por su parte, cimentaban la capacidad de penetración territorial de las omnipresentes máquinas partidarias, al tiempo que otorgaban a los líderes nacionales un fuerte potencial de disciplinamiento de sus huestes legislativas y locales.

En función de los tres elementos reseñados hasta aquí, podría concluirse que el sistema tradicional de partidos se encontraba «congelado» a la usanza de los sistemas europeos descritos por Lipset y Rokkan (1967); combinando perfiles programáticos persistentemente enraizados en los clivajes originarios y capaces de representar los intereses de sectores determinados de la estructura social, con la presencia de máquinas partidarias capaces de penetrar territorialmente el país y de funcionar simultáneamente como vehículos de socialización política, organización de la sociedad civil y redistribución de recursos desde el centro hacia la periferia. Sin embargo, a la luz de las tres características que se discuten a continuación, esta sería una

caracterización incompleta y por tanto errada del sistema de partidos tradicional.

En cuarto lugar, el sistema se caracterizaba por la presencia de altos niveles de competitividad y alternancia partidaria. Por un lado, la continua y creciente frustración de expectativas de los grupos de interés respecto a su capacidad de obtener mayores prerrogativas, limitaba la capacidad de los partidos de encapsular permanentemente a distintos sectores de la sociedad civil, generando altos niveles de alternancia. Al decir de Borzutzky:

The lack of a clear clustering of clientelistic ties created an internally unstable political system in which parties could not maintain their strength for a long period of time since they could not satisfy the expectations of all the groups co-opted by the party. Dissatisfaction with the behavior of the victorious party prompted groups to move elsewhere within the political organization in search of better luck, creating a constant political turnover (Borzutzky, 2002: 26).

Por otro lado, la recurrente presencia de pujas y fraccionamientos al interior de las principales corrientes políticas que estructuraban la competencia partidaria, conspiraba también contra la presencia de vínculos estables y más permanentes entre los ciudadanos y sus representantes partidarios (Valenzuela, 1995). En este contexto, la irrupción no poco frecuente de liderazgos personalistas (por ejemplo, los dos Alessandri e Ibáñez) y la proliferación de nuevas etiquetas partidarias al interior de los troncos ideológicos tradicionales también debe ser considerada en toda su magnitud, como un rasgo históricamente presente en el sistema de partidos chileno. En definitiva, este nivel de volatilidad podría estar indicando cierta precariedad en el vínculo (intertemporal) entre partidos políticos y sociedad (Montes, Ortega y Mainwaring, 2000).

En quinto lugar, y en consonancia con el punto anterior, las bases sociales de los partidos chilenos parecen haber sido también algo más heterogéneas y volátiles de lo que sugiere nuestro sentido común sobre el periodo previo a 1973. Así, según Arturo y Samuel Valenzuela:

[Before 1973] though the left in Chile drew more on working-class sectors, and the parties of the center and right had strong support among middle-and upper-class elements, all Chilean

parties had heterogeneous bases of support and drew the bulk of their voters from the poorer sectors of society. In Portes' sample the Christian Democratic Party received as much support from low-income elements as did the Communists and Socialists. The National Party always relied on the rural poor for much of its voting support. Conversely, other surveys have noted that certain categories of professionals and middle level managers were more likely to support the left than the right. Aggregate data analyses yield similar results. An examination of the socioeconomic correlates of the vote for Chile's parties reveals that with the exception of the Communist party, with strong roots in mining areas, only a small percentage of the variance in party voting was explained by economic or occupational variables (Valenzuela y Valenzuela, 1986: 197).

Finalmente, en sexto lugar, la participación electoral en el periodo previo a 1973 tendió a ser baja y a situarse en niveles comparables a los que hoy en día se observan en Chile (Navia, 2004). Sin embargo, y aunque su efecto sobre el sistema de partidos resulta discutible (Valenzuela, 1995), es necesario consignar que hasta 1970 rigieron limitaciones al sufragio muy significativas, las que incluso han ameritado que algunos autores cataloguen como «democracia restringida» al régimen político vigente hasta 1970 en el que los analfabetos no podían sufragar (Rueschmeyer, Huber y Stephens, 1992). Por tanto, aunque el número de votantes sea similar en ambos periodos, el contexto en el cual los potenciales electores no votan es diferente, lo que torna discutible una comparación directa entre ambas cifras.

En síntesis, el sistema de partidos tradicional se encontraba estructurado en base a la combinación de movilización programática (de acuerdo a la competencia en base a los clivajes clerical-secular y socioeconómico) y de cooptación clientelar de grupos de interés funcionales y territoriales, a partir de la estructuración de potentes redes partidarias que vinculaban cada localidad con el centro. De acuerdo a los tipos ideales presentados anteriormente, mientras la primera característica hace gravitar al sistema anterior a 1973 hacia el tipo II (vínculos programáticos y partidarios estructurados a nivel colectivo), la segunda lo vuelca hacia el tipo IV (vínculos partidarios no programáticos estructurados a nivel colectivo). Sin embargo, ambos tipos ideales presuponen la presencia de partidos institucionalizados y con bases sociales relativamente consolidadas, condiciones que sólo se verifican parcialmente y en algunos periodos específicos de

la historia del país. Por su parte, la presencia de fuertes subculturas partidarias (tal vez mucho más centrales a nivel de élites políticas) contrasta con los relativamente bajos niveles de participación (e inclusión) electoral y con niveles relativamente altos de alternancia electoral entre partidos y entre referentes particulares al interior de cada corriente ideológica. La próxima sección, desde diferentes perspectivas, da cuenta de las principales continuidades y rupturas que se verifican en el sistema de partidos contemporáneo.

EL SISTEMA DE PARTIDOS CHILENO CONTEMPORÁNEO: CONTINUIDADES Y RUPTURAS

El sistema de partidos chileno en la región: una (aparente) paradoja

Resulta sugerente, como primera aproximación, analizar datos comparados acerca de las características actuales del sistema de partidos chileno. Según la literatura, Chile posee junto con Uruguay y Costa Rica uno de los sistemas de partidos más institucionalizados de la región (Mainwaring y Scully, 1995; Payne, Zovatto, Carillo y Allmand, 2002; Jones, 2005). Según se observa en la tabla 2, aun dentro del grupo de sistemas institucionalizados (dado que tanto en Costa Rica como en Uruguay se han producido recientemente procesos de cambio electoral significativos), Chile presenta niveles muy bajos de volatilidad electoral, ubicándose en segundo lugar a nivel regional y poseyendo niveles de volatilidad tres veces inferiores al promedio latinoamericano.

En tanto el índice de volatilidad toma en cuenta la magnitud del trasvase de votos entre partidos registrado entre una elección y la anterior, en función de estos resultados, podría pensarse que los vínculos entre ciudadanos y partidos han logrado estabilizarse en el periodo posterior a 1990, generando altos niveles de lealtad entre partidos y votantes. Complementariamente, el sistema de partidos chileno posee grados de estructuración programática comparativamente altos, ubicándose nuevamente junto a Uruguay, al tope del *ranking* regional (Luna y Zechmeister, 2005; Kitschelt, Hawkins, Luna, Rosas y Zechmeister, en prensa).

A su vez, de acuerdo a los datos del LAPOP 2006 y según se observa en el gráfico 1, los ciudadanos chilenos se encuentran entre quienes más confían en la región en los partidos políticos. La ausencia

Tabla 2
Volatilidad electoral en las últimas dos elecciones legislativas en América Latina

País	Volatilidad electoral
Honduras	7
Chile	7.85
El Salvador	11
México	10
Nicaragua	17
Uruguay	16
Brasil	20
Paraguay	24
Costa Rica	24
Panamá	28
Rep. Dominicana	20
Argentina	26
Ecuador	28
Colombia	39
Bolivia	41
Venezuela	41
Guatemala	36
Perú	48
Promedio	26,8

Fuente: Construcción propia en base a Jones (2005) y Servicio Electoral.

* El índice calculado por Jones se basa en el promedio de volatilidad electoral registrado en las últimas dos elecciones. Los datos de Chile fueron recalculados tomando solamente la volatilidad electoral registrada entre las elecciones legislativas de 2001 y 2005. A su vez, en tanto Jones (2005) presenta un índice de volatilidad entre coaliciones (Alianza-Concertación) para el caso chileno, el índice de Pedersen fue recalculado tomando como base la votación individual de los partidos.

de crisis de gobernabilidad en el país (usualmente ambientadas por contextos económicos recesivos y/o graves escándalos de corrupción) coincide con este indicador.⁴

¿Se ha consolidado (estabilizado) entonces la relación entre los electores chilenos y sus partidos? En comparación con la trayectoria histórica del sistema y en base a los datos hasta aquí presentados podríamos concluir afirmativamente en dicho sentido.

4. Véase LAPOP (2006) para un reporte exhaustivo acerca de las características técnicas y los principales hallazgos del estudio.

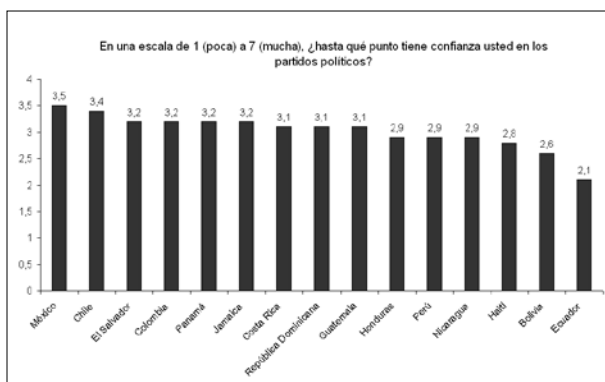


Gráfico 1. Confianza en los partidos políticos en América Latina (LAPOP, 2006)

No obstante, otra serie de datos tiende a contradecir dicha conclusión. Según los datos recogidos en la encuesta LAPOP 2006, los ciudadanos chilenos se destacan en la región por su lejanía respecto a los partidos políticos y por su apatía respecto a los procesos electorales.

Si bien comparativamente los chilenos confían más que sus pares latinoamericanos en los partidos políticos, los niveles absolutos de confianza son relativamente bajos. Además, cabe consignar que los partidos son la institución comparativamente peor evaluada por la ciudadanía chilena (gráfico 2).

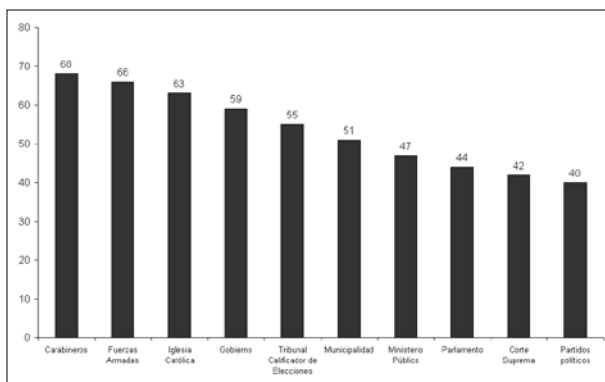


Gráfico 2. Confianza en instituciones chilenas (LAPOP, 2006)

Además, según se observa en el gráfico 3, el porcentaje de ciudadanos que declara simpatizar con algún partido político (25,6%) se encuentra entre los tres más bajos de la región, ubicándose aproxi-

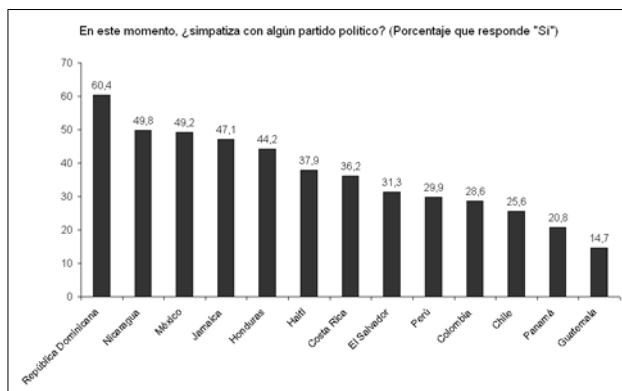


Gráfico 3. Simpatía con partidos políticos en América Latina (LAPOP, 2006)

madamente diez puntos por debajo de la media latinoamericana. Si bien es posible que en Chile la adhesión se refleje a nivel de coaliciones (en lugar de a nivel partidario), pudiendo existir sesgos que penalicen al caso chileno, la información resumida en el gráfico 4 es consistente con la recién presentada. En este caso se pregunta al encuestado si durante la última campaña electoral ha trabajado por algún partido o candidato político. En virtud de esta formulación, es menos probable que quienes hayan trabajado por una coalición dejen de responder afirmativamente a causa de una percepción acotada al trabajo por un partido político individual.

Según se observa en el gráfico 4, en este caso el posicionamiento de Chile es aún más extremo, siendo el país de América Latina (entre aquellos en que se realizó el estudio) que presenta los niveles más bajos de participación ciudadana (3,8%) en campañas políticas.

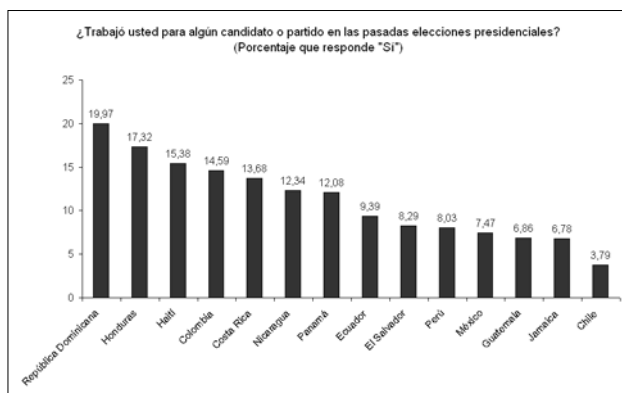


Gráfico 4. Trabajo en campañas electorales en América Latina (LAPOP, 2006)

Estos dos últimos indicadores también son consistentes con niveles de participación electoral marcadamente decrecientes, al tomar 1988 como punto de partida (Altman, 2006). Si bien la baja participación electoral parece ser un rasgo de larga duración en la sociedad chilena (Navia, 2004), caben tres puntualizaciones.

En primer lugar, los niveles de participación electoral previos a 1970 podrían explicarse, al menos parcialmente, por la presencia de restricciones importantes en la ciudadanía política (Rueschemeyer, Huber y Stephens, 1992). Si bien la ausencia de un proceso de inscripción automática y voto voluntario constituyen una traba también significativa para la participación política de ciudadanos que están en condiciones de ejercer el derecho a voto en el periodo postransicional (Chuaqui, 2007), los contextos institucionales en que se produce la baja participación son divergentes.

En segundo lugar, cuando se la analiza en términos comparados, la participación electoral declarada por los ciudadanos chilenos (71%) también se encuentra entre las más bajas de la región, ubicándose nuevamente por debajo de la media latinoamericana (gráfico 5).

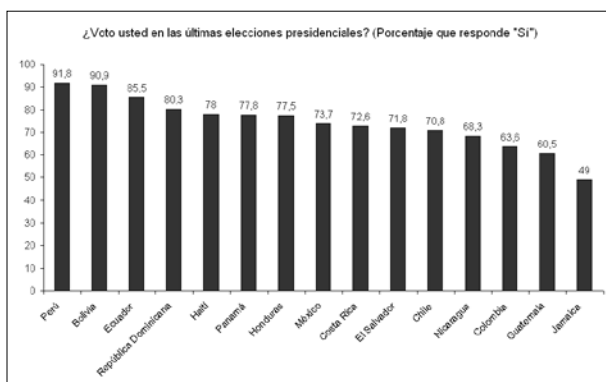


Gráfico 5. Participación electoral declarada en América Latina (LAPOP, 2006)

En tercer lugar, como se observa en el gráfico 6, los segmentos más jóvenes del electorado chileno declaran niveles de participación electoral muy inferiores a los que poseen sus compatriotas más viejos. Así, mientras sólo 20% de aquellos que poseen entre 18 y 25 años de edad (quienes por lo demás son aquellos que concentran la mayor participación en protestas sociales durante el último año) declaran haber votado en la última elección presidencial, los mayores de 36 años muestran niveles de participación superiores al 80%. Este tipo de distribución etaria, aunque probablemente asociada a la

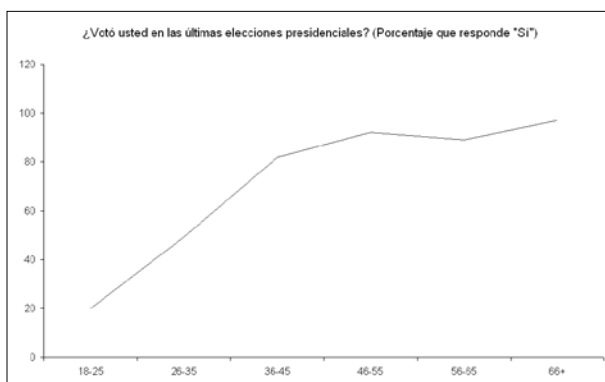


Gráfico 6. Participación electoral declarada según edad en Chile (LAPOP, 2006)

legislación que regula la inscripción electoral, es único en la región, no registrándose otros casos con diferencias tan marcadas y niveles de participación electoral juvenil tan bajos.⁵

En síntesis, esta segunda serie de datos sugiere enfáticamente la presencia de niveles comparativamente bajos de vinculación entre los partidos chilenos y los ciudadanos. En línea con el argumento histórico de Montes, Ortega y Mainwaring (2000), parecería ser que la capacidad del sistema de partidos de vincularse con la sociedad civil sigue siendo baja. Tentativamente, además, podría concluirse que dicha capacidad se ha reducido aún más en los últimos tiempos, en tanto los procesos electorales en que participan los partidos tienden a concitar niveles decrecientes de adhesión en el electorado más joven.

La presencia de un sistema de partidos débil en cuanto a su relación con la sociedad civil y sumamente fuerte en términos de su capacidad de reproducir lealtades electorales (tal como lo indica el índice de volatilidad) es aparentemente paradójica. En otras palabras, no parece usual que un sistema de partidos estable e institucionalizado a nivel electoral, conviva con una ciudadanía crecientemente alejada de los partidos y sin simpatías partidarias cristalizadas.

Dos explicaciones alternativas pueden echar luz sobre esta paradoja aparente. Por un lado, es posible que con el crecimiento y la modernización económica y social que ha vivido Chile en las últimas dos décadas, se hayan configurado condiciones propicias para la instauración de una democracia de «baja intensidad», pautada por

5. Véase Toro (2007) para una caracterización reciente acerca de la inscripción electoral juvenil y sus determinantes.

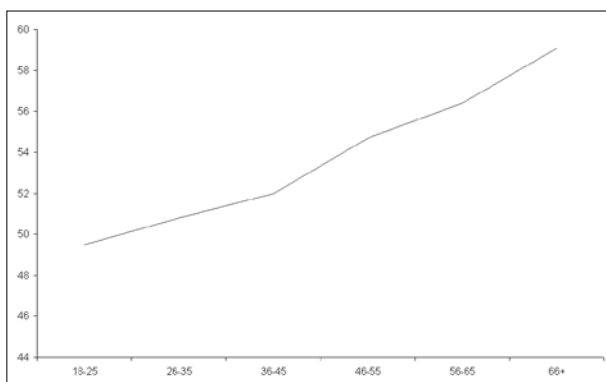


Gráfico 7. Índice de apoyo al sistema institucional según edad (LAPOP, 2006)

menores niveles de conflicto y participación social. En otras palabras, según esta tesis, Chile estaría entrando en una fase posmaterialista, en la cual es dable esperar una «normalización» del conflicto político (Inglehart y Welzel, 2005; Angell, 2003). En este caso, es posible explicar la convivencia de resultados electorales estables con un alejamiento progresivo de la población respecto a los partidos y a la política. Los comparativamente altos niveles de confianza en los partidos políticos que muestran los resultados del LAPOP en Chile resultan consistentes con esta explicación, particularmente en un contexto regional en el que los ciudadanos confían muy poco en las instituciones partidarias.

No obstante, la presencia de un «malestar social» persistente en el Chile postransicional (UNDP, 2000; Huneeus, 1998), así como la ocurrencia frecuente de actividad política extrainstitucional (por ejemplo, protestas callejeras) la vuelven menos probable. A su vez, según la evidencia comparada del LAPOP 2006, los niveles de «apoyo al sistema institucional» registrados en Chile se encuentran cercanos a la media regional.⁶ Mientras tanto, si se analizan los niveles de «apoyo» según rangos etarios, resulta evidente que quienes menos participan del sistema poseen también niveles de apoyo institucional significativamente menores (gráfico 7). En síntesis, la tesis posmaterialista parece, al menos, una explicación insuficiente respecto a la paradoja chilena.

Por otro lado, la presencia de un sistema altamente institucionalizado y estable a nivel de élites políticas pero con una débil relación

6. Véase LAPOP (2006) para una descripción acerca de la construcción del índice de apoyo al sistema.

con la ciudadanía, podría ser consecuencia de cambios en los patrones de vinculación entre partidos y votantes ocurridos durante el periodo posterior a 1990. En lo que resta de este artículo se presenta una descripción tentativa de las principales transformaciones observadas en relación a dichos patrones.

La evolución de los vínculos programáticos desde 1990

De acuerdo a los datos empíricos disponibles, los dos clivajes que tradicionalmente estructuraron el sistema de partidos chileno (clerical-secular y socioeconómico), han cedido lugar a un nuevo eje de competencia estructurado en función de los alineamientos políticos consolidados durante el régimen autoritario encabezado por el general Pinochet (Tironi y Agüero, 1999; Ortega, 2003; Mainwaring y Torcal, 2003). A este respecto, la evidencia disponible destaca la preeminencia de un clivaje retrospectivo de régimen, como el único capaz de dividir las aguas entre ambos pactos, distinguiendo entre aquellos que apoyaron (y en algunos casos, colaboraron) con el régimen autoritario de Pinochet (la Alianza) y aquellos que se encontraban en la oposición (la Concertación).

No obstante dicha «sustitución» de clivajes, la evidencia disponible también parecería indicar que el nivel de estructuración programática ha declinado en el sistema. La convergencia programática entre ambos campos políticos es especialmente visible en el clivaje socioeconómico, en el que los líderes partidarios no presentan posiciones programáticas internamente coherentes y externamente diferentes (Hagopian, 2002). Este estado de cosas se ve reflejado en las declaraciones de un líder de la Concertación:

En estos temas [política social], yo nunca me sentí constreñido por la derecha. Nosotros [la Concertación] no queremos tener un sistema público, estatal, en bancarrota y no sólo por cuestiones financieras. Conceptualmente, muchos de nosotros queremos abrir espacios a la sociedad civil [...] No es que la derecha nos haya bloqueado, en algunos aspectos lo hizo, pero en otros, nosotros no quisimos que las cosas cambiaran. [...] Francamente (si la derecha no controlara el Senado), yo no creo que las cosas hubieran sido muy diferentes en términos económicos y de política social. En términos políticos, sí, absolutamente, nos hubiera gustado tener otra Constitución, sin senadores designados [...]

Pero mira, yo ya dejé de culpar a la derecha, aunque, en el contexto de un discurso público, uno puede decir que esto es «culpa de la derecha» (entrevista anónima realizada en 1999, citada en Castiglioni, 2005: 105).

No obstante, más allá del proceso de colusión programática, los constreñimientos institucionales introducidos por la Constitución de 1980 también juegan un importante rol, especialmente en las visiones más «ortodoxas» de líderes de izquierda de la Concertación:

La cultura del consenso es tan fuerte que cada reforma necesita ser negociada detrás de puertas cerradas. Y una vez que tú llegas a un consenso, luego los legisladores levantan sus manos y votan. Esto hace que el conflicto entre los partidos con distintas posiciones sobre un tema no puedan discutirlos públicamente, generando una ilusión de consenso que deslegitima al sistema. Además, el empate legislativo que genera el binominal, la extrema concentración del poder en favor del ejecutivo prevista en la Constitución, y la necesidad de mayorías calificadas para virtualmente cada una de las reformas que queremos impulsar hacen que el ejecutivo ni siquiera envíe legislación para la cual sabe que no existe posibilidad de consenso. Esto genera un bloqueo, hiere las iniciativas del gobierno y contribuye aún más a deslegitimar a la política y a los políticos (Carolina Tohá, candidata a diputada por el PPD, entrevista personal 2001).

Además, la participación de la Democracia Cristiana en la Concertación y de fracciones liberales en Renovación Nacional (es decir, al interior de la Alianza), aumenta la heterogeneidad interna de ambos pactos en referencia al clivaje clerical-secular. La transversalidad de este último clivaje vuelve difícil su politización a través de la competencia programática entre ambos pactos. Finalmente, la presencia de vínculos programáticos parecería encontrarse estratificada socialmente, con los segmentos socioeconómicos más altos, mostrando una mayor capacidad de relacionarse programáticamente con los partidos.

Con el propósito de testear estos argumentos, se presenta a continuación el posicionamiento programático relativo de los distintos electorados partidarios en el año 2000, momento que coincide con las elecciones más competitivas entre aquellas que han tenido lugar desde 1989. Dicho posicionamiento es estimado en función de tres

puntajes factoriales calculados con el propósito de recuperar, partiendo de un set amplio de ítemes de encuesta, los tres clivajes relevantes en el caso chileno (socioeconómico, conservador-liberal y autoritario-democrático).⁷ El clivaje conservador-liberal respecto a cuestiones valóricas, se utiliza como *proxy* contemporáneo del conflicto entre clericales y seculares.

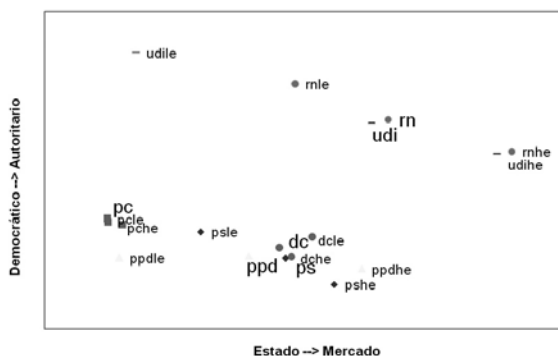
Para cada uno de los electorados partidarios se presenta, en negrita, una estimación de su posicionamiento programático en estos tres clivajes. A su vez, el posicionamiento relativo de electores partidarios con distinto nivel educativo también es representado en cada mapa, mediante la identificación de un grupo de votantes con niveles bajos de educación (identificados con la sigla LE a continuación de la sigla partidaria) y de un grupo de votantes con alto nivel educativo (identificados con la sigla HE).⁸

Los mapas 1 y 2 presentan el posicionamiento relativo de los electorados de cada partido en cada clivaje. El mapa 1 combina el clivaje socioeconómico (estado-mercado) con el clivaje de régimen (autoritario-democrático). En primer lugar, si se observa el posicionamiento general de los partidos, es evidente que la competencia en torno al clivaje de régimen es la que provee mayores niveles de diferenciación, distinguiendo claramente entre un campo concertacionista con un posicionamiento más «democrático» (campo al que deben añadirse los votantes comunistas) y un campo más «autoritario» en el que se ubican los partidos de la Alianza.

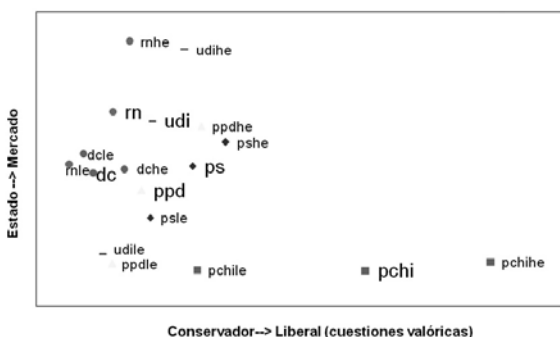
En segundo lugar, en el clivaje socioeconómico, y a excepción de los votantes comunistas, los electores se ubican cerca del origen de la gráfica, con los partidos de la Concertación ubicados marginalmente

7. Los datos utilizados aquí corresponden a la tercera ola del World Value Survey, la que contenía una serie amplia de ítemes relacionados con cada clivaje. El clivaje conservador-liberal es representado por un factor creado en función de las actitudes acerca del divorcio y el aborto. El factor socioeconómico fue calculado en base a las respuestas a preguntas acerca del grado preferido de intervención estatal en la economía y la provisión de políticas sociales. Finalmente, el nivel de apoyo al régimen democrático y el grado de asociación entre democracia y desorden identificado por el encuestado, constituyen la base para el cálculo del factor de régimen. Variables latentes con estructura similar fueron calculadas para 1988 (en base a datos del Projeto Cone Sul), 1996 (WVS, segunda ola) y 2006 (LAPOP).

8. Ambos grupos fueron creados a partir de la creación de terciles para la variable que representa el nivel educativo del encuestado. En beneficio de la claridad, el tercil educativo intermedio no es representado en el gráfico.



Mapa 1. Posicionamientos de los votantes partidarios en los clivajes socioeconómico y de régimen circa 2000 (WVS, 2000)



Mapa 2. Posicionamientos de los votantes partidarios en los clivajes socioeconómico y liberal-conservador circa 2000 (WVS, 2000)

a la izquierda (posición que favorece mayores niveles de intervención estatal) y con los partidos de la Alianza en una posición levemente opuesta.

En tercer lugar, la distribución de posicionamientos programáticos según nivel educativo provee pistas adicionales. Mientras que en el clivaje de régimen los electorados partidarios se ubican de forma consistente (los electores de un mismo partido se ubican en posiciones cercanas independientemente de su nivel educativo), existen visibles diferencias intrapartidarias en el clivaje socioeconómico. En este caso, independientemente de la afiliación partidaria, los votantes menos educados prefieren mayores niveles de intervención estatal en la economía. El caso de los votantes de la UDI es particularmente interesante, en tanto es posible observar que los votantes menos

educados de la UDI poseen perfiles programáticos similares (particularmente en el clivaje socioeconómico) a los votantes del Partido Comunista. Aunque de forma más tenue, los patrones observados en los casos de RN, el PPD y el PS son similares a los recién descritos para el caso de la UDI. En síntesis, existe una división sociológica respecto al clivaje socioeconómico que no encuentra representación consistente en el sistema de partidos.

Una configuración similar se observa en cuanto al clivaje conservador-liberal (mapa 2). Una vez más, este clivaje corre transversalmente al interior de los partidos, marcando diferencias entre los electores menos educados (más conservadores) y los más educados (marginalmente más liberales). No obstante, la dispersión intrapartidaria es menor en este caso, con la excepción del PC, partido que presenta la mayor dispersión observada.

Con el propósito de testear estas observaciones de forma más sistemática, la tabla 3 presenta los resultados de un modelo *logit* utilizado para predecir el voto por una u otra coalición en función de los tres clivajes analizados, controlando por nivel educativo. Aplicando el paquete *Clarify* a ambos modelos, es posible simular el cambio en la probabilidad estimada de un voto favorable a la Concertación, a partir de un cambio en el posicionamiento programático de un elector en cada uno de los clivajes bajo condiciones de *ceteris paribus*.

Los resultados obtenidos son plenamente consistentes con los presentados antes. Mientras que el clivaje de régimen y el clivaje socioeconómico obtienen coeficientes significativos, el coeficiente

Tabla 3
Predicción del voto por la Concertación o la Alianza en 2000
en base a posicionamientos programáticos

Variables	Modelo 1	Modelo 2	Modelo 3	Modelo 4
Liberal-Conservador	1.0	1.2	.8	
Estado-Mercado	.79 (*)	.81	.8	
Regimen	.32 (***)	.29 (***)	.38 (***)	.38 (***)
Educación		.6 (***)	.63 (***)	.58 (***)
Autoubicación ideológica (izquierda-derecha)			.000 (***)	.000 (***)
N	564	595	563	564
Log Likelihood	-293.09061	-284.4796	-188.07545	-190.00694
Pseudo R ²	.19	.21	.45	.44

Fuente: Construcción propia en base a WVS (2000)

(efecto) del primero es más fuerte que el obtenido por el segundo. Manteniendo otros factores constantes, un cambio en el posicionamiento programático de un votante en el clivaje de régimen desde un puntaje de -1,5 (democrático) a uno de 1,5 (autoritario) aumenta en 80% la probabilidad de votar por la Alianza. Este resultado resiste la incorporación del nivel educativo en los modelos predictivos. Al simular el mismo cambio programático para el caso del clivaje socioeconómico, la posesión de preferencias programáticas estatistas aumenta la probabilidad de voto por la Concertación en un 16%. Dicha probabilidad se reduce a 13% cuando se controla por nivel educativo. Finalmente, el efecto del clivaje liberal-conservador no resulta significativo en la predicción de voto por una u otra coalición.

La evidencia hasta aquí presentada respalda dos tesis acerca de los vínculos programáticos en el sistema contemporáneo: a) que aquellos se encuentran esencialmente restringidos al clivaje de régimen; y b) que dichos vínculos presentan un patrón significativo de estratificación social, siendo más frecuentes entre los electores con mayor nivel educativo. Sin embargo, la evidencia presentada hasta aquí no aporta elementos que permitan concluir acerca de la evolución temporal de este tipo de vínculo. A estos efectos, la tabla 4 presenta la evolución temporal de la correlación entre el eje izquierda-derecha y los tres clivajes analizados antes, reconstruidos a partir de mediciones disponibles para distintos momentos del periodo 1988-2006. Según estos datos, el clivaje de régimen muestra niveles decrecientes de correlación con el eje izquierda-derecha, siendo de todos modos aquél que posee la relación más fuerte con dicho eje. El clivaje liberal-conservador no obtiene en ningún caso correlaciones significativas. Finalmente, el clivaje socioeconómico muestra niveles más estables aunque marginales de relación con el eje izquierda-derecha.

Tabla 4
Correlación entre la auto-ubicación ideológica y las preferencias programáticas
1988-2006

	Régimen	Moral	Estado-mercado
1988	.62 (L→Dem)	.17 (L→Lib)	.08 (L→St)
1996	.28 (L→Dem)	.06 (L→Lib)	.11 (L→St)
2000 Chile	.27 (L→Dem)	.13 (L→Lib)	.11 (L→St)
2006	.21 (L→Dem)	.07 (L→Lib)	.09 (L→St)

Fuente: Construcción propia en base a WVS (2000)

Estas observaciones vuelven a colocar al clivaje de régimen como el principal articulador de los alineamientos políticos en el sistema chileno, aunque sugieren que el mismo posee niveles decrecientes de fortaleza. Esto último se agrava al tomar en cuenta un dato adicional. Como se observa en el gráfico 8 (desde 1994, año a partir del que existen muestras nacionales comparables de forma ininterrumpida), el porcentaje de ciudadanos chilenos que se niega a identificarse con el eje izquierda-derecha y de aquellos que se autoclasican como independientes se ha incrementado de forma importante, a excepción de picos de baja que coinciden con los ciclos electorales de 1997 (legislativo), 1999 (presidencial) y 2001 (legislativo). La comparación entre los resultados obtenidos para Chile y aquellos disponibles para Uruguay (el otro caso en la región que combina alta institucionalización y alta estructuración programática) resulta ilustrativa. Aunque las preguntas no son estrictamente comparables en tanto en Uruguay no se incluye la opción «independiente» y se utiliza una escala de 1 a 10, el grupo de independientes y de aquellos que no se ubican en el eje resulta menor, fluctuando entre un máximo de 14% y un mínimo del 6% (contra un mínimo anual de 24% en Chile correspondiente a 1997 y un máximo que alcanzó al 45,5% en 2003).

En síntesis, podría concluirse que en la postransición, el clivaje de régimen ha sustituido (en línea con la tesis planteada en prime-

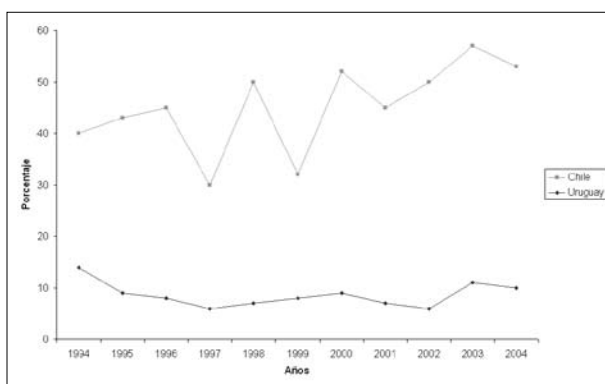


Gráfico 8. Evolución de los Independientes y de aquellos que no se identifican con el Eje Izquierda-Derecha en Chile y Uruguay. Las estimaciones para Chile se basan en reportes de la encuesta CEP, considerando población urbana, presentándose promedios anuales construidos en base a todas las encuestas disponibles durante cada año, en base a una categoría que agrupa a aquellos que se declaran «independientes» y a quienes se niegan a posicionarse en la escala izquierda-derecha. Las estimaciones para el caso Uruguayo se basan en reportes de las encuestas permanentes de Equipos-MORI. La categoría representa a aquellos que no responden a la pregunta sobre identificación ideológica, con el resto de las categorías (no reportadas), reflejando distintos posicionamientos en dicha escala.

ra instancia por Tironi y Agüero) a los dos clivajes tradicionales. Adicionalmente, la evidencia aquí presentada sugiere que los vínculos programáticos han perdido centralidad a lo largo del periodo y se encuentran hoy socialmente estratificados (con los sectores menos educados del electorado, siendo más «estadistas» que sus correligionarios más educados). Estas mutaciones parecen vincularse con niveles crecientes de desalineamiento ideológico (al menos en cuanto a la identificación en términos de izquierda y derecha) y con menores tasas de participación electoral a lo largo del periodo.

Esta transformación de los vínculos programáticos ocurre en un contexto de alta segmentación social, que permite a la élite escindir de sus bases electorales y evitar un eventual conflicto con el sector popular. Esto se explica por la presencia simultánea de varios fenómenos que actúan como válvula de escape. Quienes poseen una tradición de socialización política de izquierda, una historia de participación política y una firme convicción ideológica, se sienten cada vez más alienados respecto a la Concertación, tendiendo a abstenerse políticamente. Alternativamente, estos sectores continúan apoyando al Partido Comunista, un partido que obtiene una cantidad significativa de esta base electoral canalizando el descontento sistémico (Siavellis, 2000). Como señalan dos dirigentes poblacionales:

Ellos [la Concertación] nos prometieron que la alegría iba a llegar. Pero nunca llegó [...]. Es triste, pero yo tengo que admitir que, por ejemplo, teníamos mejor salud con Pinochet que con la Concertación. [...] Ellos simplemente se olvidaron de nosotros. Yo soy de izquierda, mi marido fue uno de los que organizaron esta «toma» y yo era quien organizaba la distribución de comida en este sector durante el gobierno de la Unidad Popular. Yo soy de izquierda y seguiré votando a la izquierda, pero yo no voy a engañar a nadie. Yo tengo capacidad de organizar a la gente de aquí, puedo juntar cincuenta, sesenta mujeres en dos o tres horas. Pero, ¿para qué? Yo no voy a engañar a nadie, incluso mis hijos no se registraron para votar. Y si yo pudiera, me borraría del registro. Yo ya no sé lo que hacer. Mi única opción para mejorar es ganarme el lote. Ahora, nosotros vamos a ir a un paro nacional, saldremos a las calles, algo tiene que cambiar (Margarita Cofre, pobladora de Lo Hermida en Peñalolén, entrevista personal, 2003).

Hoy día, nosotros tenemos nuestros brazos cruzados, porque nadie nos da un proyecto. Nosotros creemos que ellos [el Municipio]

nos están castigando [...] Y creemos que no ganamos mucho movilizándonos y protestando. De cualquier forma, ellos no vendrán. En otros sectores ellos llegan a las organizaciones vecinales, dan información, financian actividades sociales. Aquí, ellos sólo te prometen cosas durante las campañas. Lily Pérez [Diputada de la Alianza] vino una vez al sector. Vino ofreciendo cosas para la escuela, pero nunca más apareció. A la gente no le gusta ella, hasta le tiraron piedras. Nosotros tenemos una historia de organización social y lucha. Nosotros fuimos reprimidos duramente por la derecha. No nos gusta la derecha. Carlos Montes [Diputado por la Concertación] llega a la gente del distrito porque él es una persona de izquierda y porque tiene una gran estructura de activistas que trabajan para él. Pero él no llega a este sector. Mira, nosotros somos uno de los sectores más pobres de la comuna, nosotros tenemos derecho a recibir proyectos sociales, pero ellos no vienen. Entonces, nosotros no votamos. Es así de simple, ellos no vienen, nosotros no votamos [...] El Partido Comunista está muerto. Mira, en mi sector, la gente está convencida de que ningún político, ninguno, va a solucionar sus problemas. Y por eso, nadie participa. Y los jóvenes están aburridos, cansados y enojados. Ellos prefieren meterse en la droga, el alcohol o las pandillas, ellos no apoyan a nadie (líder comunal de la toma Nueva La Habana, en La Florida, entrevista personal, 2003).

Mientras tanto, quienes se encuentran «desalineados» ideológicamente, pero continúan votando, estructuran su comportamiento electoral a partir de la articulación de vínculos no programáticos con los partidos o candidatos. La próxima sección analiza los cambios observables en dicho tipo de vínculo.

La evolución de los vínculos no programáticos desde 1990

Como resultado de las mutaciones recién reseñadas e independientemente de su pertenencia partidaria, los líderes políticos poseen fuertes incentivos para competir en base a vínculos no programáticos con el objetivo de lograr el voto de un electorado crecientemente desalineado en términos ideológicos.

En línea con este argumento, y a nivel nacional, la competencia basada en las características personales de los liderazgos partidarios parece haberse consolidado en los últimos años. Como ejemplo, la

tabla 5 compara la evolución de las preferencias electorales para la presidencia del país, en base al perfil socioeconómico y la orientación ideológica de los encuestados en estudios con representatividad nacional.

En primer lugar, la tabla ilustra la presencia de mayores niveles de estructuración ideológica del voto en los sectores altos del electorado. En segundo lugar, y de forma complementaria, se observa un nivel mayor de desalineamiento ideológico en los sectores bajos, en los que la presencia de independientes y votantes sin identificación ideológica es significativamente mayor. Finalmente, la tabla también permite identificar algunas características comunes en los liderazgos que han sido recientemente más exitosos en términos electorales (Lavín, de la UDI en 2000, y Bachelet, del Partido Socialista, en 2005).

Tabla 5
Candidato presidencial preferido según estrato social
y orientación ideológica (2001 y 2005)*

Estrato Socioeconómico	Candidato Preferido	Ubicación Ideológica				
		Izq.	Centro	Der.	Independientes /Ninguno	N
Bajo (D-E)	Lavín 2001	4,2%	5,9%	19,2%	12,4%	371
	Lavín 2005	0,8%	2,8%	11,5%	7,0%	145
	Bachelet 2005	21,8%	8,2%	4,6%	14,6%	312
	Piñera 2005	2,5%	3,8%	9,5%	6,7%	143
	Hirsch 2005	0,7%	0,3%	0,2%	0,7%	11
Medio (C3)						
	Lavín 2001	4,0%	6,2%	21,8%	7,9%	207
	Lavín 2005	0,7%	2,2%	14,5%	3,3%	95
	Bachelet 2005	26,2%	7,5%	3,7%	8,4%	211
	Piñera 2005	4,4%	4,8%	13,2%	5,3%	127
	Hirsch 2005	3,3%	0,4%	0,0%	0,4%	21
Alto (ABC1-C2)						
	Lavín 2001	2,0%	3,4%	28,2%	4,7%	58
	Lavín 2005	0,6%	4,3%	11,1%	2,5%	31
	Bachelet 2005	20,4%	7,4%	1,9%	5,6%	57
	Piñera 2005	2,5%	4,3%	30,2%	5,6%	69
	Hirsch 2005	2,5%	0,6%	0,0%	0,0%	5

Fuente: Construcción propia en base a la Encuesta CEP (www.cepchile.cl).

* Los porcentajes no suman 100 porque se basan en la preferencia respecto a todos los candidatos mencionados en una pregunta abierta, incluyendo candidatos cuyas menciones (en todos los casos marginales) no son consideradas.

Aunque ambos obtienen mayores niveles de apoyo electoral en sectores ideológicamente más próximos (Lavín en la derecha y Bachelet en la izquierda), ambos fueron especialmente eficaces en generar una adhesión transversal en el electorado que se identifica ideológicamente. A su vez, particularmente en los sectores bajos, ambos liderazgos fueron capaces de generar simpatías entre los independientes y quienes rehúsan situarse en la escala izquierda-derecha. En síntesis, esta evidencia parecería confirmar tanto la importancia creciente de las características personales de los liderazgos en la competencia presidencial, como el rol pivotal de un grupo de electores (desalineados ideológicamente) que en 2001 apoyaron al candidato de la derecha y en 2005 a la candidata socialista.

No obstante, la personalización de los vínculos entre votantes y candidatos se manifiesta aún más claramente a nivel local, especialmente en sectores sociales bajos. Allí, el entrapamiento social y la distancia respecto a los candidatos al Congreso que vienen al distrito desde los barrios altos durante las campañas, contribuyen a reforzar dicho tipo de vínculo. Complementariamente, las figuras políticas locales (típicamente los alcaldes) con capacidad (real o percibida) para desembolsar discrecionalmente bienes de subsistencia básica a cambio de apoyo electoral, disfrutaban de importantes ventajas para reproducir sus bases de apoyo electoral:

Una vez un grupo de damas de Peñalolén me invitó a una reunión para tomar once con ellas. Y ahí me dijeron: «Nosotros la conocemos y realmente la estimamos mucho. Pero no votaremos por usted. ¿Sabe por qué? Porque cuando la campaña termine usted se va a ir. Y si aquí pasa algo, como una inundación, nosotros nos tenemos que quedar. Y tenemos que depender de ellos [la Municipalidad]. Así que nosotros tenemos que cuidarnos a nosotros mismos». Ellas me lo dijeron directamente y de forma muy clara. Y eso me demostró que el miedo aún los condiciona y que el clientelismo, en ese contexto, funciona eficientemente (Carmen Lazo, ex diputada por el Partido Socialista, entrevista personal, 2003).

De esta manera, los votantes pobres que no poseen una fuerte socialización política que los ubique «culturalmente» cerca de un campo político u otro, o bien se abstienen de participar o forjan vínculos no programáticos con partidos y candidatos, a nivel local. Por tanto, los vínculos clientelares y crecientemente personalizados, estructu-

rados a nivel local, constituyen una herramienta fundamental para seducir al «voto blando». En este contexto, los partidos que consiguen generar liderazgos nacionales con capacidad de obtener apoyos electorales a través de los medios y que cuentan, adicionalmente, con un sistema de redes locales de base (usualmente estructurado en torno a las máquinas partidarias de los gobiernos municipales o con acceso a programas auspiciados por el ejecutivo) obtienen una importante ventaja competitiva en las campañas. El caso más claro en este sentido lo constituye la UDI, que si bien no ha llegado a la Presidencia, ha obtenido las más grandes mayorías relativas en las dos últimas elecciones parlamentarias. En las palabras de un ex diputado DC:

Yo diría que lo que se necesita es un *mix*. No creo que tú puedas presentar sólo figuras locales, particularmente en los distritos pobres. No les va a ir bien, aún si son los gallos más honestos y legítimos en el mundo. Pero tampoco puedes ignorarlos. Necesitas un *mix*. Es necesario crear una historia mediática, con una proyección general, especialmente para las campañas de diputados o las presidenciales. Eso era lo que nosotros teníamos cuando Frei fue electo. Y luego, necesitas insertar líderes locales en tu campaña distrital, mostrándoles que tú, como parlamentario, vas a conectarlos con el sistema, que serás una conexión eficiente para ellos. Y para hacer eso, necesitas redes locales legitimadas. Los alcaldes son esenciales en eso, no puedes trabajar por fuera de esas estructuras. Para mucha gente, la municipalidad, la iglesia y su club de fútbol son su única realidad. Esa es su vida y si te olvidas de eso, estás perdido. Entonces, necesitas a los medios, a las iglesias, a los clubes y conectar todo eso con la municipalidad o con proyectos y programas del gobierno (Tomás Jocelyn-Holt, ex diputado de la Democracia Cristiana, entrevista personal, 2003).

Así, se asiste a la localización, individualización y «mercenarización» de la política, a partir de los cuales se debilita la capacidad de los partidos políticos para estructurar, en tanto institución política, la representación.

Están los diputados que se municipalizan. Y esos son los exitosos en estos distritos. Porque se ocupan de los problemas reales y diarios de la gente, que es lo que realmente le importa a los votantes (José Antonio Cavedo, ex alcalde designado por Pinochet, concejal por la Municipalidad de San Ramón, entrevista personal, 2003).

Hoy día, una gran proporción de la política chilena reside en un grupo de personalidades que son capaces de construir un nexo especial con la comunidad. Aquí (en el distrito 18), Girardi es muy fuerte. Y yo lo conozco bien, es un buen parlamentario. Pero, ¿dónde está la clave? En estas comunas tú no tienes movimientos políticos organizados, tú sólo tienes personas individuales. Y eso es riesgoso. Muchas veces la persona es atraída por personalidades y no por los partidos o sus programas. Los políticos que antes venían a eventos y reuniones partidarias a hablar de temas nacionales no existen más. Ambos Girardi (la alcaldesa y el diputado) son fenómenos políticos bien impresionantes aquí, pero eso no significa que su partido, el PPD, sea fuerte. Si ellos se van, el PPD desaparece aquí. El voto no es del PPD, es de ellos. Y eso debilita la base partidaria, la red social, que ya no existen. Y por otro lado, la fragmentación y el aislamiento que esto genera, refuerza esta lógica política [...]. Con esta nueva cultura política de repartir cosas a la gente, los concejales están en un zapato chino. Si yo, como concejal, no entrego una torta para un bingo o consigo un remedio, estoy fuera. Es perverso. La gente ahora quiere que des cosas sin ningún tipo de contraparte, sin que ellos se organicen para contribuir a buscar una solución colectiva. Y mi partido está enfermo de paternalismo, yo no creo que haya una salida de esto. Lamentablemente, muchos sectores de la izquierda se sienten bien con este sistema y eso lleva a que la gente piense que nosotros somos la misma cosa que la derecha. Y tienen razón, hacemos lo mismo. Si no nos deshacemos de los mediáticos y del «cosismo», yo creo que no hay futuro para el PPD (Jorge Villar, presidente de la Representación Distrital del PPD en el distrito 18, entrevista personal, 2003).

En este distrito no hay un corte claro que defina cuál es mi electorado. Si te conocen, tal vez voten por ti. Necesitas tener un cuerpo fuerte, porque es necesario estar en todos lados e ir a todas partes, en cualquier momento. Es lo mismo que ha pasado con la religión. Los evangélicos están allí todo el día, viven con ellos y así han crecido y desplazado a la Iglesia Católica, que es más distante. Ellos necesitan sentirte cerca. Si tú no estás, te descartan. Pero yo también necesito estar en el Congreso apoyando al gobierno. Mi oponente (Moreira) no necesita estar ahí y tiene muchos recursos para gastar. Yo no salgo en la televisión y no tengo demasiado dinero para gastarlo en dar cosas, entonces, tengo que caminar

el distrito y estar ahí todo el tiempo para evitar perder mi banca (Eliana Caraball, diputada por la DC, entrevista personal, 2003).

A nivel municipal, se observa una lógica de intermediación similar, potenciada en este caso por el rol central que los alcaldes poseen en cada una de las comunas.

Ella [la alcaldesa PPD] está con la gente. Si hay una mujer llorando porque le paso algo malo, ella está ahí ofreciéndole un abrazo. Ella se ocupa de la gente y se siente bien ayudando. Ella está en todos lados, tratando de crear soluciones para la gente, todo el tiempo (Isabel Mathus, concejal de la DC en Cerro Navia, entrevista personal, 2003).

Como resultado de esta nueva configuración, los partidos como institución se encuentran debilitados frente a liderazgos crecientemente individuales. La penetración de los medios de masa y la creciente influencia de agentes privados y de fondos estatales focalizados para financiar campañas políticas, contribuyen también a introducir importantes transformaciones en este sentido:

Hay una profunda discontinuidad entre los primeros de nosotros que fuimos electos al Congreso en 1989, la mayoría de quienes había participado activamente en política antes del golpe, y aquellos que vinieron después, alrededor de 1997 o 1998. [...] Nosotros, los líderes de la Concertación, estábamos preocupados por estabilizar la democracia y no nos dimos cuenta que las facetas más negativas de la globalización estaban ejerciendo una influencia devastadora en la política chilena. Y me refiero a la brutal mercantilización de la política que estamos viendo y que genera una relación cada vez más distorsionada entre el dinero, los negocios y la creciente influencia de los medios en la vida política. Esos fenómenos están muy relacionados en Chile. La estructura de los medios implica que ellos no pueden subsistir sin el apoyo de los empresarios, quienes a su vez, tienen una relación con la derecha. Entonces, la derecha tiene el control hegemónico de la prensa escrita y audiovisual. En ese marco, uno puede poner a un payaso sonriente en las pantallas y contar con grandes probabilidades de que sea electo en base a una propaganda continua. Además, la mercantilización de la política generó un espiral ascendente en los costos de las campañas. Las elecciones actuales no son acer-

ca de ideologías o programas. Están enfocadas en cuestiones de corto plazo, en regalar cosas. Es muy paternalista y para nosotros es imposible competir con esto, porque la derecha tiene más capacidad de acceder a bienes para repartir, por su relación con los empresarios. Y tienes a los alcaldes ofreciendo proyectos a sus referentes locales, quienes se olvidan de su rol en tanto políticos, atenuando las orientaciones ideológicas del partido. Tienes como una simbiosis. Y lo mismo sucede a nivel del Congreso. Incluso en La Moneda colaboran con eso, pasando proyectos también. Yo no entiendo qué está pasando con nuestra gente, se sienten bien tratando con la derecha, particularmente a través de los medios. Si salen en los medios, está bien, porque para ser competitivo tú tienes que salir en los medios. Y dentro de la Concertación eso está generando cosas terribles. Por ejemplo, tuvimos hace unos días una reunión confidencial con unas pocas personas. Al día siguiente, una cobertura completa de la reunión aparece en los medios, incluso con detalles acerca de cómo nos habíamos sentado en la mesa. ¿Qué pasó? Como nosotros no controlamos los medios, nuestra propia gente tiene que intercambiar información por apariciones en los medios. Y eso es sumamente destructivo (Ignacio Balbontín, ex diputado DC, entrevista personal, 2003).

Como resultado de esta evolución es importante subrayar que las etiquetas partidarias son cada vez menos importantes, constituyendo en algunos casos un lastre del que un número creciente de candidatos quiere escapar. De hecho, como lo indican los resultados de la última elección municipal, cuando las instituciones electorales lo hicieron posible, el número de candidatos a alcalde que compitió como independiente aumentó entre un 0,4 y un 9% (Mardones, 2006). Los incentivos para hacerlo son especialmente potentes cuando el candidato puede al mismo tiempo desafiliarse partidariamente y mantener su capacidad de servir a la comuna:

Yo estoy asombrado. Como independiente, estoy entrando a lugares donde nunca había estado. Gente que antes me tiraba piedras y que me mandaba al infierno por ser de la UDI, ahora me llama para que los visite. No sé si esto me hará perder el apoyo de los simpatizantes de Pinochet, esa es mi única preocupación [...] Mi trabajo implica tener un contacto directo con la gente, resultarles confiable. Yo no prometo, sólo digo la verdad. Mi dieta como Concejal la gasto en premios para bingos o campeonatos deporti-

vos y para el funcionamiento de la oficina. Tres veces a la semana voy a la comuna, además de otros días en los que tú tienes que ir a fiestas de cumpleaños o distintos eventos sociales. Tengo un equipo de cuatro personas, bien conectadas con el Departamento Social y de Obras Públicas de la Municipalidad y con los Juzgados con Jurisdicción allí. De esta forma puedo procesar demandas, ofrecer orientación legal, consultas médicas, recibir críticas al gobierno municipal, etcétera (José Antonio Cavedo, ex alcalde designado y concejal en San Ramón, entrevista personal, 2003).

Finalmente, la nueva configuración competitiva introduce fuertes presiones hacia la convergencia. Así, aquellos candidatos que se resisten a esta nueva forma de hacer política son frecuentemente castigados en las urnas.

Mi trabajo era legislar y proponer leyes generales. Incluso, yo fui votado por mis colegas como el ‘Mejor Parlamentario’. Pero, la gente en mi distrito no entendió eso y se fueron con el gallo que era capaz de pagar más cuentas de luz durante la campaña (Sergio Elgueta, ex diputado de la DC, entrevista personal, 2003).

Yo era un parlamentario de opinión pública, orientado a los temas nacionales y especialmente a aquellos más complejos en términos técnicos, con cero *sex-appeal* electoral. Por tanto, yo no era un legislador de perfil bajo, pero tenía una estrategia diferente a la de mis oponentes en el distrito, quienes trabajaban en base a redes locales sumamente desarrolladas. Yo no me metí en la gestión de servicios [...] Yo no me metí en la «política» de ser un diputado. No tenía una oficina distrital y no visitaba el distrito durante la semana distrital. ¿Para qué? Si la gente deja de votar por mí porque no les compré camisetas para el club de fútbol, ese es su problema. [...] Yo soy muy escéptico de la política local, las municipalidades chilenas no funcionan bien, son pequeños feudos, con niveles crecientes de corrupción. Y si tú te metes y denuncias eso, estás en problemas. Si tú amenazas con arruinarles el negocio, estás obviamente en problemas (Tomás Jocelyn Holt, ex diputado DC, entrevista personal, 2003).

Más allá de esta evidencia, los datos de encuesta también reflejan el tipo de vínculo existente hoy entre los parlamentarios y sus electorados. Según los datos del LAPOP presentados en el gráfico 9, la

gran mayoría de los encuestados señala que los candidatos exitosos en su comuna son aquellos que «dan más cosas durante la campaña» (57%), seguidos por quienes «trabajan permanentemente en el distrito» (25%). Solamente cerca de un 18% señala que en su comuna los electores no votan por los candidatos, sino por los partidos.

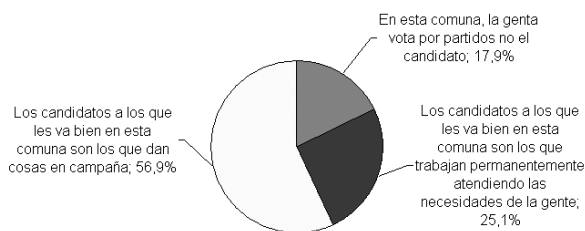


Gráfico 9. Características de los candidatos al congreso exitosos

No obstante, de forma paralela a la distribución socioeconómica de vínculos programáticos, los vínculos no programáticos se encuentran socialmente estratificados. En este sentido, la comparación que realiza una diputada que ha logrado tres reelecciones en un distrito socialmente heterogéneo resulta clara:

La gente pobre te necesita más frecuentemente, a cada momento. Te necesitan para sobrevivir, porque todas las puertas se les cierran en sus caras. Ellos no saben adónde ir, cómo hacer las cosas. No pueden hacer los trámites, necesitan exámenes médicos, necesitan poner a un niño en una determinada escuela [...] Y ahí es donde nosotros entramos. Muchas veces hacemos lo mismo que la municipalidad y, obviamente, ellos también van con el otro diputado y le piden que solucione el problema también. Pero lo importante es que el problema tenga una solución y como diputado uno puede levantar el teléfono y pedir una solución. Esto no debería ser así, pero así es como funciona el sistema. Y la gente viene. [...] Yo tengo la comuna dividida en zonas y tengo referentes locales en cada una de ellas. Por tanto, si no puedo estar ahí con cada uno de ellos, tengo esta red para funcionar. Peñalolén concentra gran parte de nuestro trabajo y es el más disfrutable, porque ahí tú te das cuenta de que la gente te necesita. En La Reina no pasa nada, no llamamos la atención de nadie. Tal vez,

si hay algo puntual te llaman y quieren que vayas. Por ejemplo, el otro día nos llamaron porque no les gustaban unos tarros de basura que se habían instalado. Pero eso se soluciona fácil, por ejemplo, hablas en los medios y pides una solución. Eso es todo lo que debemos hacer allí (María Angélica Cristi, ex alcalde designada de Peñalolén y ex diputada por RN, actualmente diputada por la UDI, entrevista personal, 2003).

Es posible, entonces, realizar una segmentación de las lógicas predominantes en distintos tipos de distrito. Según la evidencia recogida para una muestra de distritos de la Región Metropolitana en 2001-2003, se identifican tres tipos principales. El primer tipo corresponde a los distritos y comunas con altos niveles de ingreso. En estos casos, los vínculos programáticos (o en su defecto, aquellos basados en la presencia de dos fuertes subculturas políticas) resultan predominantes y las campañas se hacen «por aire», a través de los medios de comunicación y con baja o nula participación en terreno.

Las siguientes declaraciones de un diputado UDI por el distrito 23 y de un concejal opositor en la Municipalidad de Vitacura ilustran las dinámicas políticas reseñadas:

El distrito (23) es muy particular. Es probablemente el que más es influenciado por la opinión pública. Esto es, más del 90% de las personas que viven ahí no esperan que yo les resuelva un problema específico. Ni esperan que visite sus casas, les dé algo o les resuelva un problema social. Lo que ellos esperan es que yo represente sus opiniones en los medios. Y que en el Congreso yo vote como ellos lo harían si estuvieran en mi asiento. Por ello, es un distrito que no requiere casi actividad de terreno. Yo sólo hice trabajo en terreno en los sectores pobres que aún están ahí, como Colón y el Cerro 18 en Lo Barnechea. Y eso es todo. Como economista, lo que yo hago es aparecer frecuentemente en los medios hablando de temas que son importantes y que son relevantes para mis electores. Y el resto viene de su identificación con la UDI, que representa el núcleo duro del voto de los partidarios de Pinochet. Éstas son las personas que ven a la UDI como una especie de perpetuador de la herencia del régimen militar. Ésta es la base de nuestra fortaleza en el distrito y yo tengo la suerte de que en mi distrito los votantes de derecha son muchos y yo no tengo que convencerlos (Julio Dittborn, parlamentario UDI, entrevista personal, 2003).

La derecha tiene un capital político en este distrito que es inamovible. Ellos pueden obtener un 70% de los votos. Pueden bajar a un 68% o subir a un 71%, pero eso es todo. En el Concejo siempre hemos sido 5 contra 1, a ellos no les interesa qué pasa aquí. Existen sectores necesitados en la comuna, como Los Castaños; ellos no están en extrema pobreza, pero son pobres. ¡Es gracioso! La gente se queja «están construyendo torres frente a mi casa, ¿cuanto vamos a durar así?» y después el alcalde obtiene el 69% de los votos. Aquí la gente piensa que porque vive en Vitacura debe votar por la derecha, es absurdo, nosotros tratamos de hablar con la gente, de organizarla. Pero no, los resultados electorales son estables. Ellos son fundamentalistas [...] Y en las campañas ellos virtualmente no hacen nada. Ellos van a sectores donde saben que no tienen asegurado el voto y pasan algún tiempo ahí. Mira, en el sector de Lo Curro, en donde sólo hay mansiones de gente muy poderosa ellos tuvieron un encuentro hace un mes e invitaron al alcalde y al Concejo a hablar de ciertos tópicos. Y el único que fue fui yo, a ellos no les interesa. Incluso, sólo dos de los cinco miembros del Concejo viven aquí. Los otros, así como el alcalde, viven en La Dehesa. Entonces, después de la reunión, ellos te agradecen, te vitorean y 'bla, bla, bla'. Pero tú sabes que no van a votar por ti. Porque ellos no votan por candidatos individuales, ellos no votan por las personas, votan por etiquetas partidarias e, incluso, aun si no están involucrados activamente en política, ellos votan con extraordinaria disciplina (Sergio Hernández, concejal DC de la Municipalidad de Vitacura, entrevista personal, 2003).

Los tipos segundo y tercero corresponden por su parte a distritos y comunas con ingresos medio bajos y bajos, históricamente identificados con la izquierda. La diferencia entre ambos tipos de distrito radica en sus distintos niveles de heterogeneidad social y la presencia de organizaciones de base más articuladas en el tercer tipo.

El segundo tipo es menos heterogéneo, se caracteriza por altos niveles de segmentación social y organizacional y presenta los niveles más bajos de bienestar. En este tipo predominan los vínculos no programáticos, con candidatos pertenecientes a todas las corrientes partidarias, utilizando redes de patronazgo y transacciones clientelistas para atraer a los votantes. En estos distritos, los votantes que estructuran sus preferencias en base a pertenencias partidarias son escasos, y las fortunas electorales dependen de la presencia de liderazgos personalizados, desarrollados en base a trabajos de terreno estructurados

sobre bajos niveles de agregación de intereses. En resumen, en el contexto de una alta fragmentación de los grupos de interés y de la presencia de apremiantes necesidades sociales, los candidatos políticos poseen incentivos para desarrollar redes particularistas, dedicadas a resolver problemas a nivel individual, intercambiando apoyo electoral contingente por la satisfacción de las demandas más inmediatas.

Así, aquellos candidatos que poseen más capacidad para pagar cuentas de luz o agua durante las campañas, distribuir televisores, cajas de comida, lentes ópticos, equipos para un club de fútbol, o una torta para ser sorteada en un bingo organizado por un centro de madres o una junta de vecinos, se vuelven crecientemente exitosos en este tipo de distrito.⁹

Durante las campañas parlamentarias estos políticos emplean a los desempleados para pintar las paredes del vecindario (y después para proteger las paredes que ellos pintaron) y pagan alrededor de sesenta dólares por póster electoral colocado en las ventanas de una casa. En síntesis, aquellos políticos que poseen un contacto personal con los miembros de las comunidades pobres, en base a su capacidad de proveer bienes y servicios, desarrollan una ventaja competitiva sobre los candidatos más distantes. Por lo tanto, como sugiere el siguiente testimonio, los candidatos que son capaces de estar «en terreno» ofreciendo la mayor cantidad, en términos de satisfacer las necesidades inmediatas de los individuos, son aquellos que tienden a ser exitosos en las urnas.

Él va y visita gente, golpea en tu puerta y te dice que el diputado quiere ver cómo estás. Él puede perderse una cita en el Congreso, pero no se pierde ni una oportunidad de estar con la gente del distrito y repartir cosas. Él no es un buen legislador, no sabe nada acerca de nada, menos de leyes [...] Pero está aquí permanentemente y cada vez recibe más votos. Por ejemplo, el sector evangélico es muy importante aquí y él va a todas las ceremonias de cada una de las iglesias. Lo mismo ocurre con los clubes de fútbol. Él está en todos lados, besando viejitas. Es un payaso, la gente se ríe de él, pero también lo vota. Todos hablan de él, ¿se divorció? ¿Cuántos kilos perdió? Eso es lo que la gente comenta aquí.» (Oswaldo Silva, candidato parlamentario RN distrito 27, entrevista personal, 2003).

9. Basado en un conjunto de 30 entrevistas con concejales locales y actuales y antiguos parlamentarios.

Finalmente, el tercer tipo corresponde a distritos que históricamente tuvieron características similares al anterior, aunque, en años recientes, han recibido un flujo significativo de sectores de clase media y media alta, lo que ha producido, además, un desarrollo importante en términos de la infraestructura urbana y del comercio. La mayor heterogeneidad social, aunada a una trayectoria histórica de participación popular, explica la presencia de niveles más altos de organización social comunitaria, por parte de pequeños grupos de interés (por ejemplo centros de madres, juntas de vecinos, clubes deportivos, etcétera). Por consiguiente, este tipo presenta una combinación de los patrones observados en los dos tipos anteriores, con un segmento del electorado relacionándose con la política en base a preferencias programáticas e identificaciones partidarias y con otro segmento haciendo lo propio vía vínculos basados en el servicio comunitario y las transacciones clientelares (aunque frecuentemente a niveles de agregación algo superiores a los vistos en el tipo dos).

En los tipos dos y tres, e independientemente del partido del que se trate, los gobiernos municipales otorgan la capacidad de acceder a potentes máquinas clientelares, proporcionando a los candidatos locales (crecientemente desligados de redes partidarias nacionales) bases sólidas para construir su liderazgo. Sin embargo, las características sociales y el nivel de competitividad política del distrito condicionan también la capacidad de solidificar amplias ventajas electorales. No obstante, en el tercer tipo de distrito identificado las ventajas de incumbencia parecen ser más débiles.

En cuanto a la presencia de perfiles partidarios diferenciados, la derecha combina la representación programática de los sectores altos (especialmente del empresariado) a través de corrientes de opinión nacionales, con una fuerte inversión de recursos en transacciones clientelares con votantes que habitan en distritos pobres (especialmente en el caso de la UDI). Esto es consistente con una base electoral dual, conformada conjuntamente por los sectores más acomodados y los más carenciados de la sociedad chilena (Altman, 2004). Mientras tanto, la Concertación es votada relativamente mejor en los sectores medios del electorado.

El análisis de las estrategias de campaña y la presencia de estructuras «partidarias» a nivel distrital también resulta sugerente. Por un lado, se observa un nivel mayor de gasto electoral durante las campañas por parte de los candidatos de la derecha, observación que ha sido recientemente confirmada en el marco de estudios que integran

el análisis de gasto electoral de forma más sistemática (Villar, 2006; Díaz, Gianini, Luna y Núñez, 2006).

Por otro lado, la misma comparación también sugiere que los candidatos de la derecha, especialmente a nivel parlamentario, poseen estructuras territoriales relativamente más débiles que aquellas que poseen los parlamentarios más exitosos de la Concertación. En el caso de la centro-izquierda, sus candidatos han sido especialmente exitosos cuando lograron generar liderazgos sólidos (en general fuertemente personalistas y localizados), en base a la construcción de una densa red de gestión e intermediación de favores, aprovechando la acumulación organizacional presente en distritos caracterizados por una tradición de izquierda en el pasado.

A modo de ejemplo, los casos de los diputados Carlos Montes del PS y Guido Girardi del PPD, en los distritos 26 y 18, representan estrategias sumamente exitosas de sustitución de vínculos. En el caso de Montes, su estrategia se basa en la articulación de una red de organizaciones civiles, actividades de promoción cultural y un fuerte aparato de gestión de favores. Girardi, por su parte, combina apariciones frecuentes y «efectistas» en los medios de comunicación, con una presencia intensiva en terreno, vinculándose con el electorado de forma más atomizada que en el caso de Montes. Además, Girardi cuenta con la posibilidad de generar una sinergia fuerte con la administración municipal encabezada por su hermana.

De esta forma, estos candidatos han logrado «sustituir» los viejos vínculos partidarios, adaptándose exitosamente a la nueva estructura de competencia que se configura en la postransición. Particularmente en distritos de los tipos 2 y 3, en ausencia de una estrategia eficaz de «sustitución de vínculos», los incumbentes enfrentan una reducción significativa de su apoyo electoral, abriendo oportunidades para candidatos desafiantes con capacidad de estar en terreno distribuyendo recursos valorados.

Corolario

La evidencia presentada en este artículo da cuenta de una «revolución silenciosa» en el sistema político chileno. Mientras los sectores altos de la sociedad y aquellos con niveles de socialización política relativamente fuertes continúan votando en función de sus identidades partidarias y/o preferencias programáticas, los sectores bajos de la sociedad y aquellos que no cuentan con una socialización político partidaria (especialmente los jóvenes) se vinculan con sus represen-

tantes en base a vínculos personalizados, fuertemente localizados y centrados en la provisión de bienes privados que se intercambian por apoyo electoral contingente. Estos sectores, en particular, también son apáticos en términos políticos, lo que explica los niveles y la estratificación etaria de la participación electoral. La presencia combinada de una brecha entre el electorado y los partidos junto a un alto nivel de institucionalización partidaria, constituye la paradoja más importante que Chile ofrece en clave comparada.

Esta paradoja señala, tal vez, la configuración de un equilibrio inestable en el sistema de partidos chileno. Recurriendo nuevamente a los tipos ideales entre votantes y partidos identificados antes, el sistema chileno parece haber procesado una transición desde un equilibrio en que predominaban los tipos II y IV (vínculos programáticos y partidarios a nivel colectivo y vínculos partidarios no programáticos a nivel colectivo) hacia una nueva configuración en la que se combinan, de forma socialmente segmentada, los tipos I (vínculos programáticos y partidarios a nivel individual), III (vínculos partidarios no programáticos a nivel individual), VII (vínculos no partidarios y no programáticos a nivel individual) y VIII (vínculos no partidarios y no programáticos a nivel colectivo). En un contrapunto con las seis características del sistema de partidos previo a 1973 identificadas antes, parecerían existir, a grandes rasgos, dos continuidades y cuatro divergencias.

Respecto a las primeras, y aún considerando las objeciones anticipadas acerca de la validez de comparar ambos sistemas en esta dimensión, los niveles de participación electoral siguen siendo bajos, constatándose un descenso sistemático a lo largo del periodo post-transicional. Dichos niveles son bajos también desde una perspectiva comparada y resultan particularmente preocupantes, en tanto la baja participación afecta, particularmente, a los segmentos más jóvenes del electorado. Si dicha tendencia no se revierte, los niveles de participación electoral y (al menos implícitamente) la legitimidad de los procesos de representación política seguirán descendiendo en el país a medida que los viejos electores dejen (naturalmente) de sufragar.

La heterogeneidad de las bases sociales de los partidos y el rol de pivote que los sectores populares poseen en los procesos electorales continúa siendo un rasgo característico del sistema de partidos. Incluso, es posible argumentar que dicha heterogeneidad ha aumentado (Mainwaring y Torcal, 2003; Altman, 2004). Sin embargo, este hecho se relaciona con causas diferentes de aquellas que explicaban su presencia en el sistema preautoritario. En primer lugar, el avance

de la personalización y localización de la competencia electoral torna más volátiles y más segmentadas las bases de apoyo de los partidos políticos. Adicionalmente, la caída en términos de los niveles en que se agregan intereses en la sociedad postransicional, reduce el espacio para la encapsulación partidaria (sea ésta clientelar o programática) de diferentes grupos sociales sobre la base de relaciones institucionalizadas con grupos de interés capaces de representar sectores amplios del electorado.

En cuanto a las discontinuidades, se observan cambios significativos en los niveles de competitividad y alternancia, en el nivel de identificación partidaria, en cuanto a la penetración social de los aparatos de los partidos, y en la articulación de la competencia programática según clivajes.

Por un lado, la interacción entre otros de los cambios analizados aquí con la presencia de reglas electorales que inducen un bajo nivel de competencia ha contribuido a generar fuertes ventajas que favorecen a los *incumbentes* (especialmente a nivel local y parlamentario), limitando significativamente la alternancia y la competencia electoral (Navia, en prensa; Díaz y otros, 2006). En alguna medida, la estabilidad e institucionalización que caracteriza al sistema de partidos chileno actual resulta más de un artefacto institucional (inducido por la presencia de los altos costos de entrada que poseen los candidatos desafiantes) que de la fortaleza de su relación con la sociedad civil.

Por otro lado, las subculturas partidarias presentes en el sistema pre autoritario se encuentran debilitadas. Hoy en día, dichas subculturas partidarias y las organizaciones territoriales de cada partido han sido suplantadas por candidatos independientes que descuidan o eligen minimizar sus afinidades partidarias con el objetivo de ganar una ventaja competitiva respecto a los desprestigiados políticos tradicionales. A nivel local, en tanto, los vínculos partidarios estructurados en base a redes descentralizadas que unían cada localidad con los aparatos partidario y estatal centrales (Valenzuela, 1977) han sido reemplazados por redes locales personalizadas, frecuentemente no partidarias ni articuladas con el centro. Dichas redes de mediación (frecuentemente clientelares) se estructuran o bien en base a los recursos propios con que cuentan las oficinas distritales de los legisladores (usualmente en base a contribuciones no partidarias, estructuradas en base a vínculos con el sector privado o con proyectos focalizados administrados por el Ejecutivo), o bien por los recursos con que cuentan los gobiernos municipales.

Finalmente, las divergencias programáticas entre los dos bloques

políticos principales (la Concertación en el gobierno y la Alianza en la oposición) se han reducido significativamente. Dentro de los bloques, la necesidad de forjar alianzas intracoalicionales también ha limitado la capacidad de diferenciación programática de los distintos partidos (Fuentes, 1999). Aunque todavía existen diferencias programáticas visibles entre la Concertación y la Alianza (Huneeus, 2003; Alcántara y Luna, 2004), la convergencia programática es particularmente clara en términos del modelo económico. En este plano, los conglomerados partidarios no poseen orientaciones internamente consistentes y externamente diferenciadas.

La ausencia de conflictos movilizados partidariamente en torno a asuntos económicos relevantes, contribuye a reducir la importancia de los vínculos programáticos en el sistema (Roberts, 1998; Mainwaring y Torcal, 2003; Hagopian, 2002). Además, la presencia de la Democracia Cristiana al interior de la Concertación y el peso significativo que poseen las fracciones liberales al interior de Renovación Nacional (uno de los dos socios mayores de la Alianza) introducen altos niveles de heterogeneidad al interior de ambos pactos respecto a temas valóricos, relativos a orientaciones morales y religiosas. Por tanto, esta serie de asuntos, que podría potencialmente oficiar como clivaje alternativo, también pierde centralidad al momento de estructurar la competencia entre partidos y coaliciones.

Como resultado, tanto a nivel nacional como local, los vínculos programáticos entre votantes y partidos han decaído, siendo progresivamente sustituidos por vínculos centrados en las cualidades personales de los candidatos. El clivaje de régimen, siendo el que posee hoy más peso para estructurar las preferencias programáticas de los electores chilenos, es retrospectivo. Por consiguiente, no posee capacidad para movilizar e interpretar a las nuevas generaciones, particularmente aquellas que no poseen una socialización política fuerte, pautada por una transmisión intergeneracional de lealtades partidarias o de bloque.

¿Qué factores explican las mutaciones recién descritas? Sin pretender una explicación exhaustiva o detallada, es posible identificar aquí algunos factores. Por un lado, el cambio a nivel de clivajes no resulta sólo del efecto moderador y tendiente hacia la configuración de dos grandes bloques políticos que introducen las reglas electorales, sino también de los efectos que la reestructuración económica genera, reduciendo la capacidad de las bases sociales de los partidos (especialmente aquellos con raíz en el movimiento popular) de articular acción colectiva. En este sentido, en la posttransición, las

elites políticas logran mayor autonomía respecto a un movimiento social anémico y fragmentado, lo que ambienta a su vez un proceso creciente de convergencia programática entre ambos bloques. Dicha convergencia se ve catalizada, además, por la renovación ideológica de la izquierda a partir de 1973.

Por otro lado, los efectos de la desconcentración administrativa y la reforma del Estado (las que reducen la capacidad del Estado central de generar subsidios y *pork*) han cambiado radicalmente el funcionamiento del sistema, reduciendo la capacidad de los partidos de mantener organizaciones jerárquicamente estructuradas y con alta penetración territorial, las que también resultaban funcionales para la difusión de programas e identificaciones partidarias.

Así, la desconcentración administrativa impulsada por el gobierno autoritario ha permitido que los gobiernos municipales obtengan mayor autonomía y expandan su jurisdicción, particularmente en términos de la provisión de importantes políticas públicas, tales como educación y salud. Adicionalmente, la reforma del Estado ha reducido los recursos disponibles para patronazgo y clientelismo a nivel central.

También, el marcado presidencialismo de la Constitución de 1980 y la creciente incapacidad de los grupos de interés de movilizar acción colectiva a nivel nacional, han contribuido a reforzar las discontinuidades respecto al sistema previo, no sólo en lo que respecta a la relación entre poderes, sino también al interior del ejecutivo. A modo de ejemplo, las agencias del ejecutivo especializadas en la administración de políticas sociales focalizadas (como los programas de vivienda, los proyectos administrados por el Fosis, el Ministerio de Planificación o el Sernam, así como el programa Chile Solidario desarrollado durante el Gobierno de Lagos) proveen financiamiento directo a los proyectos sociales por los que compiten, tanto municipalidades, como organizaciones comunitarias (muchas veces con la colaboración o asesoreamiento directo de ONG locales). Esto reduce fuertemente el acceso que los líderes del Congreso y los activistas de la oposición local poseen respecto al patronazgo estatal y la obtención de recursos centrales que pueden ser utilizados para forjar vínculos clientelares, reforzando una lógica localizada e individualizada de construcción de candidaturas.

A nivel social, las mutaciones observadas se vinculan con altos niveles de fragmentación social y de «localización». Mientras anteriormente los grupos de interés organizados ejercían presión sobre los partidos políticos y los miembros del Congreso, en la actualidad

la presión es ejercida ante los gobiernos municipales y por parte de pequeños grupos (usualmente representando organizaciones a nivel de «manzana» o «cuadra»). Aunque muchas veces es frecuente encontrar grupos que comparten una configuración de intereses similar, situados a muy poca distancia unos de otros, la dinámica introducida por la asignación competitiva de proyectos de financiamiento, necesariamente escasos, los pone en competencia. Esto último retroalimenta la alta fragmentación social y el aislamiento de las organizaciones comunitarias, obturando procesos más efectivos de participación ciudadana y reduciendo a su vez el nivel de agregación de intereses en el que se estructura la representación política en el Chile contemporáneo.

Finalmente, la creciente penetración y centralidad de los medios en las campañas políticas también contribuye a explicar la mutación observada.

¿HACIA DÓNDE VA (O PUEDE ESTAR YENDO) EL SISTEMA DE PARTIDOS EN CHILE? CUATRO ESCENARIOS TENTATIVOS

El sistema de partidos chileno se caracteriza simultáneamente por contar con un alto nivel de institucionalización y con un creciente alejamiento de la ciudadanía respecto a los partidos políticos tradicionales. Eventualmente, esta configuración de cuenta da un equilibrio inestable, pautado por la presencia de una sociedad que ha mutado significativamente y que se enfrenta a un sistema de partidos que, al no lograr interpretarla e interpelarla, permanece estabilizado (aunque esclerosado) mediante artefactos institucionales.

Si este diagnóstico acerca del sistema de partidos fuese adecuado, resulta propicio plantear una breve prospectiva acerca de su probable devenir futuro. Por tanto, a modo de cierre, se plantean aquí cuatro escenarios tentativos. Los dos últimos se estructuran en base a una hipótesis de continuidad de las principales características recién analizadas y constituyen, en general, los escenarios más probables. Los dos primeros, por su parte, se elaboran sobre una hipótesis de realineamiento programático capaz de reconfigurar la lógica de competencia partidaria, fortaleciendo así a los partidos en tanto instituciones representativas.

¿Por qué es posible un realineamiento programático en torno a cuestiones valóricas?

Al analizar las preferencias programáticas de los ciudadanos jóvenes (quienes en su mayoría no participan del proceso electoral) es posible observar una diferencia fundamental con cohortes más viejas. Los jóvenes chilenos son significativamente más liberales que las generaciones mayores en cuanto a sus actitudes frente al aborto, el divorcio, la homosexualidad, la eutanasia y el consumo de drogas. El gráfico 10 presenta evidencia en este sentido, sintetizando dichas actitudes en un puntaje factorial que identifica el posicionamiento del individuo en un continuo «liberal-conservador».

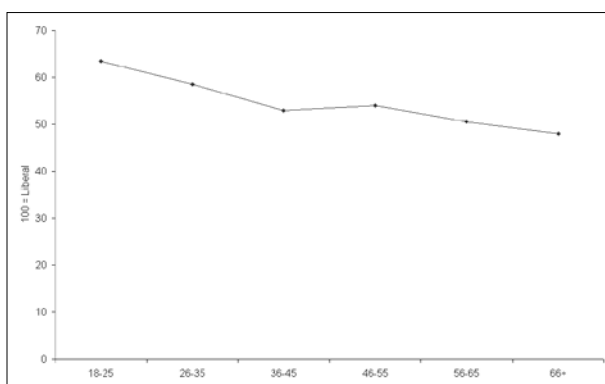


Gráfico 10. Posicionamiento en el clivaje liberal-conservador según edad (LAPOP, 2006)

Como he argumentado más antes, la actual configuración de la competencia partidaria según bloques obtura la representación de un clivaje de este tipo, ya que tanto en la Concertación como en la Alianza existen miembros con posturas programáticas «liberales» (el bloque PS-PPD-PRSD y las fracciones más liberales de RN) y «conservadoras» (la UDI y la DC, junto con algunas fracciones de RN). Por tanto, mientras la estructura de bloques continúe reflejando el clivaje de régimen retrospectivo no hay espacio para que se consolide una estrategia de movilización programática en base a este clivaje alternativo. Tampoco es posible saber si quienes hoy no participan tenderán a hacerlo en mayor medida en caso que el sistema de partidos logre rearticularse para movilizar este clivaje.

En cualquier caso, procesos muy radicales de realineamiento programático han tenido lugar en distintos sistemas de partidos alrededor del mundo. En algunos casos, dichos realineamientos tie-

nen lugar en forma rápida, usualmente durante «elecciones críticas» (Key, 1955). En otros, se trata de un proceso de largo plazo, que puede insumir décadas de evolución y que puede estar mediado por la presencia de periodos de desalineamiento y alienación electoral (Carmines y Stimson, 1989).

Los dos escenarios que se discuten a continuación presentan dos vías alternativas que podrían facilitar la ocurrencia de un proceso de este tipo en el caso chileno. En ambos escenarios, la escisión de la Democracia Cristiana respecto al bloque PS-PPD-PRSD resulta clave, para lograr cristalizar un alineamiento más consistente en el clivaje liberal-conservador. Por esto mismo, la fuerte identificación «concertacionista» de la DC vuelve poco probable ambos escenarios.

Escenario 1. Realineamiento con reforma electoral

Las reglas electorales, y especialmente el sistema binominal, proveen fuertes incentivos para la conformación de dos bloques partidarios compitiendo según una lógica centrípeta. Una reforma significativa del sistema podría incentivar la formación de un número mayor de bloques o coaliciones partidarias, ambientando tal vez un alineamiento más consistente que permita representar coherentemente el clivaje liberal-conservador.

Al menos en la coyuntura actual, este escenario parece poco probable, especialmente porque la reforma del sistema electoral debiera ser más ambiciosa que la propuesta de «binominal corregido» actualmente en debate.

Escenario 2. Realineamiento vía alternancia

En caso que la oposición logre triunfar en una próxima elección presidencial, particularmente si se trata de un liderazgo de derecha moderado, es posible plantear un realineamiento en ausencia de reforma electoral. Aquello sería posible si dicho liderazgo logra, luego de triunfar electoralmente, articular una coalición de gobierno de centro-derecha atrayendo fracciones «conservadoras» de la Democracia Cristiana. En dicho caso, podría articularse, desde la oposición, un polo de centro-izquierda con plataformas programáticas más consistentes respecto al clivaje conservador-liberal.

El intento fallido de Sebastián Piñera de convocar a sectores DC durante la pasada segunda vuelta presidencial, sugiere que la proba-

bilidad de este tipo de realineamiento es baja. No obstante, dicho intento podría ser más exitoso si se realiza desde el Ejecutivo y en base a la provisión de compensaciones más tangibles y relevantes para el liderazgo partidario DC.

Escenario 3. Colapso a la venezolana

El sistema chileno actual posee dos rasgos que comparte con el sistema de partidos venezolano de fines de los años ochenta y comienzos de los noventa: una alta institucionalización y un progresivo alejamiento del electorado respecto a los partidos y los procesos electorales (Morgan, 2007). En combinación con coyunturas de crisis económica y/o de legitimidad (propiciadas, por ejemplo, por escándalos de corrupción o fallas en la implementación de políticas públicas sensibles), el sistema de partidos podría sufrir cambios drásticos en un periodo breve de tiempo, tal vez pautados por el ascenso (no del todo novedoso en el país) de un liderazgo personalista y antipartido.

Al menos en el corto plazo, la sociedad chilena cuenta con dos antidotos que vuelven menos probable este escenario. Por un lado, la presencia de un proceso sostenido de crecimiento económico. Por otro, la presencia de un bloque opositor que no ha participado del gobierno desde 1990 y que, por tanto, puede establecerse como alternativa sistémica frente al oficialismo. El desafío para este bloque consiste en convertirse en una alternativa electoral viable, evitando un juego de suma cero que le impida capitalizar y conducir el descontento social.

Escenario 4. Muerte lenta

Si el sistema de partidos permanece estable en su configuración actual, los partidos, como instituciones políticas, seguirán debilitándose. En particular, las nuevas cohortes del electorado no tendrán incentivos para participar en las elecciones, reduciendo aún más las tasas de participación y generando, tal vez, problemas mayores de legitimidad. Pero dicha continuidad no sólo impactará sobre la estructuración de vínculos con el electorado, sino que también posee implicancias significativas respecto a la calidad de la democracia (corrupción, capacidad de proveer bienes públicos) y a la gobernabilidad del sistema. A modo de ejemplo, en caso que los partidos continúen perdiendo poder frente a liderazgos crecientemente independientes

y locales, será progresivamente más difícil disciplinar los contingentes parlamentarios que hacen posible gobernar.

Este escenario es tal vez el más probable porque existen pocos incentivos para que los partidos abandonen en el corto plazo sus prácticas actuales (exitosas, pero para movilizar a un electorado «en vías de extinción»), para correr riesgos tangibles (por ejemplo, modificando el régimen electoral que coloca altas barreras de entrada al sistema o intentando movilizar a las nuevas cohortes etarias que no participan de los procesos electorales) en pos de beneficios inciertos y de largo plazo. No obstante, en ausencia de transformaciones significativas, los partidos como instituciones representativas continuarán debilitándose, atentando inexorablemente contra la calidad de la democracia chilena.

REFERENCIAS

- AGÜERO, Felipe, Eugenio TIRONI, Eduardo VALENZUELA y Guillermo SUNKEL. (1998). «Votantes, partidos e información política: la frágil intermediación política en el Chile posautoritario». *Revista de Ciencia Política*, 19 (2): 159-193.
- ALCÁNTARA SÁEZ, Manuel y Juan Pablo LUNA. (2004). «Ideología y competencia partidaria en dos postransiciones: Chile y Uruguay en perspectiva comparada». *Revista de Ciencia Política*, 24 (1): 128-168.
- ALTMAN, David. (2004). «Redibujando el mapa electoral chileno: Incidencia de factores socioeconómicos y género en las urnas». *Revista de Ciencia Política*, 24 (2): 49-66.
- . (2006). «(Algunas) Reformas institucionales para el mejoramiento de la calidad de la democracia en Chile del siglo XXI». En Claudio Fuentes y Andrés Villar (editores), *Desafíos democráticos*. Santiago: Flacso Chile y Lom.
- ANGELL, Alan. (2003). «Party Change in Chile in Comparative Perspective». *Revista de Ciencia Política*, 23 (2): 88-108.
- BORZUTZKY, Silvia. (2002). *Vital Connections: Politics, Social security, and Inequality in Chile*. South Bend: Notre Dame University Press.
- CASTIGLIONI, Rossana. (2005). *Retrenchment Versus Maintenance: The Politics of Social Policy Change in Chile and Uruguay, 1973-1998*. Londres: Routledge.
- CAREY, John. (2002). «Parties, Coalitions, and the Chilean Congress in the 1990s». En Scott Morgenstern y Benito Nacif (editores),

- Legislative Politics in Latin America* (pp. 222-253). Cambridge: Cambridge University Press.
- CARMINES, Edward y James STIMSON. (1989). *Issue Evolution: Race and the Transformation of American Politics*. Princeton: Princeton University Press.
- COPPEDGE, Michael. (1998). «The Dynamic Diversity of Latin American Party Systems». *Party Politics*, 4 (4): 547-568.
- CHUAQUI, Tomás. (2007). «Participación electoral obligatoria: Una defensa». En Arturo Fontaine, Cristián Larroulet, José Antonio Viera-Gallo e Ignacio Walker (editores), *Modernización del régimen electoral chileno* (pp. 183-204). Santiago: PNUD, CEB, Libertad y Desarrollo, Proyectamérica y Cieplán.
- DÍAZ, Diego, Pilar GIANINI, Juan Pablo LUNA y Rodrigo NÚÑEZ. (2006). «El secreto de mi éxito. Seis caminos para llegar y permanecer en Valparaíso». *Revista de Ciencia Política*, 26 (1): 169-90.
- DIX, Robert. (1989). «Cleavage Structures and Party Systems in Latin America». *Comparative Politics*, 22 (1): 23-37.
- FUENTES, Claudio. (1999). «Partidos y coaliciones en el Chile de los noventa: entre pactos y proyectos». En Paul Drake e Iván Jaksic (editores), *El modelo chileno. Democracia y desarrollo en los noventa* (pp. 191-222). Santiago: Lom.
- HAGOPIAN, Frances. (2002). «Economic Liberalization, Political Competition, and Political Representation in Latin America». Paper presented at the Mellon Foundation Sawyer Seminar, «Crises, Choices, and change: The Micro-foundations of the Neo-liberal Turn in Latin America», Tulane University, December 2.
- HUNEEUS, Carlos. (1998). «Malestar y desencanto en Chile. Legados del autoritarismo y costos de la transición». En *Papeles de Trabajo. Programa de Estudios Prospectivos*, 54. Santiago.
- . (2000). *El régimen de Pinochet*. Santiago: Sudamericana.
- . (2003). *Chile: Un país dividido*. Santiago: Catalonia.
- INGLEHART, Ronald y Christian WELZEL. (2005). *Modernization, Cultural Change, and Democracy: The Human Development Sequence*. Cambridge: Cambridge University Press.
- JOIGNANT, Alfredo. (2007). «Modelos, juegos y artefactos. Supuestos, premisas e ilusiones de los estudios electorales y de sistemas de partidos en Chile (1988-2005)». *Estudios Públicos*, otoño (106).
- JONES, Mark. (2005). «The Role of Parties and Party Systems in the Policy Making Process». Paper presentado en the State Reform, Public Policies, and Policymaking Processes, Washington.

- KEY, V. O. Jr. (1955). «A Theory of Critical Elections». *The Journal of Politics*, 17 (1): 3-18.
- KITSCHOLT, Herbert. (2000). «Linkages between Citizens and Politicians in Democratic Polities». *Comparative Political Studies*, 33 (6-7): 845-879.
- KITSCHOLT, Herbert, Kirk HAWKINS, Juan Pablo LUNA, Guillermo ROSAS y Elizabeth-Jean ZECHMEISTER. (en prensa). *Party Competition in Latin America. Patterns of Programmatic Structuration*.
- KITSCHOLT, Herbert y Steven WIKINSON. (2007). *Patrons, Clients, and Policies. Patterns of Democratic Accountability and Political Competition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- LAPOP. (2006). *Auditoría de la democracia en Chile 2006*. Santiago: Vanderbilt University e Instituto de Ciencia Política, PUC.
- LIPSET, Seymour M. y Stein ROKKAN. (1967). «Cleavage Structures, Party Systems, and Voter Alignments: An Introduction». En Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan (editores), *Party Systems and Voter Alignments: Cross-National Perspectives* (pp. 1-64). Nueva York: Free Press.
- LUNA, Juan Pablo. (en prensa). «Representación política en América Latina. El estado de la cuestión y una propuesta de agenda». *Política y Gobierno*.
- LUNA, Juan Pablo y Elizabeth-Jean ZECHMEISTER. (2005). «The quality of representation in Latin America». *Comparative Political Studies*, 38 (mayo): 388-416.
- MAINWARING, Scott y Timothy SCULLY, editores. (1995). *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America*. Stanford: Stanford University Press.
- MAINWARING, Scott y Mariano TORCAL. (2003). «The Political Re-crafting of Social Bases of Party Competition: The Case of Chile 1973-1995». *British Journal of Political Science*, 33: 55-84.
- MARDONES, Rodrigo. (2006). «Descentralización y transición en Chile». *Revista de Ciencia Política*, 26 (1): 03-24.
- MONTES, Juan Esteban, Eugenio ORTEGA y Scott MAINWARING. (2000). «Rethinking the Chilean Party System». *Journal of Latin American Studies*, 32 (3): 795-824.
- MORGAN, Jana. (2007). «Partisanship during the Collapse of Venezuela's Party». *Latin American Research Review*, 42 (1): 78-98.
- NAVIA, Patricio. (en prensa). «Legislative Candidate Selection in Chile». En Peter Siavelis y Scott Morgenstern (editores), *Pathways to Power*.
- . (2003). «Three's Company: Old and New Cleavages in Chile's Party System». Paper presentado en the Latin American Studies Association, Dallas, Texas, marzo 27-29.

- . (2004). «Participación electoral en Chile 1988-2001». *Revista de Ciencia Política*, 24 (1): 81-103.
- ORTEGA, Eugenio. (2003). «Los partidos políticos chilenos: Cambio y estabilidad en el comportamiento electoral 1990 - 2000». *Revista de Ciencia Política*, 23 (2): 109-147.
- PAYNE, Mark, Daniel ZOVATTO, Fernando CARRILLO y Andrés ALLAMAND. (2002). *Democracies in Development: Politics and Reform in Latin America*. Washington: Inter-American Development Bank, International Institute for Democracy and Electoral Assistance.
- PNUD. (2000). *Desarrollo humano en Chile. Más sociedad para gobernar el futuro*. Santiago: PNUD Chile.
- POSNER, Paul. (1999). «Popular representation and Political Disatisfaction in Chile's New Democracy». *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 41 (1): 59-85.
- . (2004). «Local Democracy and the Transformation of Popular Participation in Chile». *Latin American Politics and Society*, 46 (3): 55-81.
- ROBERTS, Kenneth M. (1998). *Deepening Democracy? The Modern Left and Social Movements in Chile and Peru*. Stanford: Stanford University Press.
- RUESCHEMEYER, Dietrich, Evelyne HUBER y John STEPHENS. (1992). *Capitalism Development and Democracy*. Chicago: Chicago University Press.
- SCULLY, Timothy. (1992). *Rethinking the Center: Cleavages, Critical Junctures, and Party evolution in Chile*. Stanford: Stanford University Press.
- SIAVELIS, Peter. (2000). *The president and congress in postauthoritarian Chile: institutional constraints to democratic consolidation*. University Park: Pennsylvania State University Press.
- TIRONI, Eugenio y Felipe AGÜERO. (1999). «¿Sobrevivirá el nuevo paisaje político chileno?» *Estudios Públicos*, 74 (otoño): 151-168.
- TORO, Sergio. (2007). «La inscripción electoral de los jóvenes en Chile. Factores de incidencia y aproximaciones al debate». En Arturo Fontaine, Cristián Larroulet, José Antonio Viera-Gallo e Ignacio Walker (editores), *Modernización del régimen electoral chileno* (pp. 183-204). Santiago: PNUD, CEP, Libertad y Desarrollo, Proyectamérica y Cieplán.
- VALENZUELA, Arturo. (1977). *Political Brokers in Chile: Local Government in a Centralized Polity*. Durham: Duke University Press.
- . (1994). «Party Politics and the Crisis of Presidentialism in Chile: A

- Proposal for a Parliamentary Form of Government». En Juan Linz y Arturo Valenzuela (editores), *The Failure of Presidential Democracy: The Case of Latin America*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- . (1995). «Orígenes y transformaciones del sistema de partidos en Chile». *Estudios Públicos*, 58 (otoño): 6-77.
- . (1999). «Chile: Origin and Consolidation of a Latin American Democracy». En L. Diamond, J. Hartlyn, J. Linz y S. Lipset (editores), *Democracy in Developing Countries: Latin America* (pp. 191-247). Segunda edición. Londres: Lynne Rienner.
- VALENZUELA, Arturo y Samuel VALENZUELA. (1986). *Military Rule in Chile: Dictatorship and Oppositions*. Baltimore: John Hopkins University Press.
- VALENZUELA, Samuel J. (1999). «Reflexiones sobre el presente y futuro del paisaje político chileno a la luz de su pasado: Respuesta a Eugenio Tironi y Felipe Agüero». *Estudios Públicos*, 75 (invierno): 275-290.
- VALENZUELA, Samuel J., y Timothy R. SCULLY. (1997). «Electoral Choices and the Party System in Chile: Continuities and Changes at the Recovery of Democracy». *Comparative Politics*, 29 (4): 511-527.
- VILLAR, Andrés. (2006). «Financiamiento político en Chile: Una batalla incierta». En Claudio Fuentes y Andrés Villas (editores), *Desafíos democráticos*. Santiago: Flacso Chile y Lom.